

ROMINA I. SAVINI

La Fragilidad



ROMINA I. SAVINI

La Fragilidad

*“Una experiencia nunca es un fracaso,
pues siempre viene a demostrar algo”.*

—THOMAS EDISON

Copyright © 2023 Romina I. Savini

ISBN: 978-987-88-9747-9

All rights reserved. This book or any portion thereof may not be reproduced or used in any manner whatsoever without the express written permission of the publisher except for the use of brief quotations in a book review.

Contenido

[UNO](#)
[DOS](#)
[TRES](#)
[CUATRO](#)
[CINCO](#)
[SEIS](#)
[SIETE](#)
[OCHO](#)
[NUEVE](#)
[DIEZ](#)
[ONCE](#)
[DOCE](#)
[TRECE](#)
[CATORCE](#)
[QUINCE](#)
[DIECISEIS](#)
[DIECISIETE](#)
[DIECIOCHO](#)
[DIECINUEVE](#)
[VEINTE](#)
[VEINTIUNO](#)
[VEINTIDOS](#)
[REFERENCIAS](#)

UNO

El ruido del golpe seco me dejó pasmada. Fue un segundo. La puerta se dejó llevar por el viento y se cerró intempestiva. Generó un sonido sórdido, como un espasmo, una grieta en un milimétrico espacio de tiempo en el que mi vida cambió, y ni siquiera pude advertirlo. Pero sentí que algo pasaba, hoy sé que aquel no fue un cambio, sino un vuelco radical. Yo tampoco sería la misma, y menos aún podía imaginarlo.

Vivía en Londres. Era un helado diciembre de 2011. El frío implacable se dejaba abrazar por la bruma y destacaba el color azul de la puerta de mi casa, la casa que me había albergado por dos años. La puerta azul era igual que la de Hugh Grant en la película *“Notting Hill”*. Graciosa comparación. Me senté en el taxi. Lisandro —Licu, como yo le decía— estaba cuidadoso a un extremo antinatural. Yo llevaba unos posters del Tate Museum y del Museo Miró, además del equipaje de mano. Estaba sobrecargada, pero prevalecía la necesidad de llevarme todo puesto, esa era una sensación real.

Hacía unas semanas habíamos estado en Barcelona presentando un trabajo de la facultad, y la visita al Museo Miró fue el corolario. Muchos años fui una gran admiradora de su obra. Quería traer las láminas a Buenos Aires y encuadrarlas para algún rinconcito de la casa nueva. Cuando pienso en mí en aquel momento, me veo tan inocente e ilusa que me doy ternura. Tan pura, tan ileña, tan afuera de cualquier circuito de furia o dolor.

El frío se combinaba con la lluvia, armando un vapor melancólico en los vidrios del auto. Lisandro me abrazaba. Estaba con un pullover naranja y ya lloraba. Yo me iba unos meses, pero él lloraba con vehemencia. El taxista confirmó con un tímido: *To Gatwick, ¿right?*. El pobre hombre no quería interrumpir el momento. Los dos asentimos. Lisandro estaba insistente con el horario. Le di mi juego de llaves de la casa y me fui caminando por las alfombras con olor a nuevas del segundo aeropuerto más importante de Londres.

DOS

PASARON DOS MESES entre aviones, mudanzas y búsquedas de empleo. Volví hace menos de una semana de la Patagonia y, luego de veinte mil peripecias, almuerzo en mi nuevo hábitat en Buenos aires (en un barrio ajeno y desconocido), sobre una caja de cartón en la que venía empaquetado el microondas que acabo de comprar. Le alquilamos un departamento a uno de los amigos de la infancia de Licu, en el barrio de Villa Urquiza. Una torre divina, pero un barrio completamente ignoto para mí.

La entrevista de trabajo fue exitosa. Las vueltas de la vida me proponen volver a la empresa en la que conocí a Licu, y a la que renunciábamos para irnos a estudiar al exterior. Va a ser interesante volver al lugar que nos puso juntos en la vida. Espero fecha de ingreso y, mientras, me ilusiono con el nuevo camino que empieza a desandarse en tierras más secas y cercanas que Londres.

Por momentos me detengo y reflexiono, saco el piloto automático y me analizo. Sin dudarlo, creo que hubiese sido perfecta para protagonizar esa historia de amor que dura toda la vida. Esa que aprendemos de chiquitas de la misma sociedad, de los libros de cuentos. Pero me tocó otro tiempo, un poco más revolucionario para la mujer que empezó a buscar redefinir su rol. La época en que una madre liberal y feminista me llenó la cabeza con encontrar mi propio ser, valerme siempre por mí misma y no depender de nadie porque, según ella “*Nacemos y morimos solos, mi vida, nunca lo olvides*”. Por momentos agradezco tanto ese cinismo ; y , en otros, lo detesto. Me lleno de contradicciones.

A veces, anhelo la inconciencia o inercia de otra realidad más simple, más digitada por la cadencia familiar y la pertenencia de clase visible en linajes muy tradicionales. Pero lo cierto es que, a fin de cuentas, aquellas historias de amor que nos inoculaban de pequeñas contaban con una esperanza de vida de cuarenta años, en el mejor de los casos. En el siglo XXI, llegar a los noventa es un poco más usual; y, tener más de un compañero de ruta, también. De algún modo, antes era algo más simple la vida porque también era más corta. La libertad hay que saber administrarla, y en eso anda a tientas la humanidad entera.

Aquella tarde de marzo, empezando el feriado de Semana Santa, comenzó la real debacle. Me fui a Palermo, al departamento de una amiga que estaba trabajando en el exterior esa semana, y me dejó su casa con todos los servicios ya funcionando para que pudiera estar más conectada.

Había quedado en hablar con Licu, así que me acomodé frente a la pantalla de la notebook. Fue rápida la conexión, sin inconvenientes. Lisandro se veía abrigado, desalineado, sin bañarse por varios días. Nevaba con intensidad en Londres. Había colgado en la pared de nuestra casa los cuadros de un pintor de acuarela que compramos en *Spitafields market* dos semanas antes de volver a Argentina, en una de nuestras caminatas domingueras. Quedaban lindos. Uno era la reproducción en tamaño pequeño de un Bansky bastante famoso, que se puede también apreciar en un mural del barrio, cerca de una iglesia góspel a pocas cuadras de nuestra casa.

Luego de un llamativamente sentido “te extraño”, se tomó un largo tiempo para respirar y, sin preámbulo, soltó en una sola exhalación una frase muy larga, casi quedándose sin aliento: *“La vida burguesa no es para mí. No sé qué quiero, pero trabajar de 9 a 6 de la tarde seguro que no. Y mucho menos estoy seguro de tener mayores responsabilidades. Pero no hablo de amor, Albert. No lo entiendas como ‘blanco o negro’. Es como que, simplemente, estoy gris”*.

Quedé atónita, congelada. Podía contemplarme a mí misma, como en una película, por la pantalla más chiquita de la conversación de Skype. Una picardía morbosa de la tecnología. Advertía mis propias lágrimas mojarme las mejillas, mientras Lisandro me miraba y hacía “puchero” cual niño de primer grado cuando no sabía qué quería. Honestamente, aun hoy no sé si eso era sincero, parecía ensayado. Sólo atiné a reproducir la batería de preguntas que detonaban en mi cabeza como pochoclos en una olla: “¿De qué estás hablando, Licu? ¿No querés volver a Argentina? ¿Qué pasa? ¿Me estás anoticiando de que vos determinaste que se acabó nuestro proyecto de vida juntos? ¿Vos querés divorciarte?”.

Lisandro reaccionó asustado, como quien está concentrado y recibe repentinamente un golpe en la nuca. “¡No!”, contestó vehemente, “simplemente quiero que estemos separados, pero no divorciarnos. Divorciarnos no, Albert. ¡Por favor! ¿Qué estás diciendo?”, me reprochó. Muy descarado, pienso hoy. El desconcierto se hizo atmósfera. Si la muerte súbita pudiera experimentarse en vida, podría decir que ese instante la describiría. Me atravesaron todas las sensaciones posibles, hasta casi fulminarme y dejarme tendida en el piso luego de un ataque epiléptico. Mi mente funciona de formas graciosas y, fortuitamente, me imaginé desintegrada, reducida a cenizas ahí mismo, dejando un agujero negro en la alfombra de la habitación de un departamento prestado para usar la conexión a internet. “La serie *Ally McBeal* podría tener esta escena”, pensé. Como si mi mente precisara descansar de la realidad en ese instante.

TRES

TAL VEZ SEA necesario recapitular. Lisandro y yo, Albertina, éramos la historia de amor casi usual entre dos ingenieros jóvenes en Argentina. Nos habíamos conocido en el programa de “jóvenes profesionales” de la empresa a la que entramos a trabajar juntos, a nuestros veinte y largos años. Con historias de vida muy diferentes, los dos teníamos la educación y la literatura como un valor. Compartíamos la curiosidad intelectual en muchas áreas. Lisandro, como el común denominador entre los ingenieros, era bastante lógico en su pensamiento. Punto que equilibraba con cierta pasión por la filosofía y el dibujo en tinta. Por otra parte, yo lo combinaba con la danza contemporánea. Hacíamos una dupla simpática, pero inesperada por nuestras formas de ser y nuestras tan diferentes familias.

Él se había criado en el conurbano bonaerense más pobre y con un marcado interés por el ascenso social. Yo venía de una familia de inmigrantes italianos, asentados en la Patagonia, con la única demanda de estudiar para “ser alguien útil en la sociedad” y mucha vocación por el trabajo arduo, muy típico de quien inmigró y arrancó de cero. Adicionalmente, siempre llamaba la atención que yo fuera físicamente más atractiva que él ; y él, un egocéntrico insoportable. De esos que les gusta ser el centro de atención en cada fiesta y desmarcarse del resto por su inteligencia y sagacidad.

Para comprender mejor el cuadro. Lisandro era una persona inteligente, en el sentido clásico de la palabra. Rápido para las matemáticas y con una memoria prodigiosa, capaz de hilar muchos pensamientos y autores en una misma frase, dejando a su interlocutor atónito y varado en la comprensión de la primera idea que expresaba. En el trato cotidiano, estaba más cerca de una persona con problemas de socialización, absorta en su propio mundo, que de un tipo canchero y amigüero. Pero la inteligencia algunas veces tiene la capacidad de suplir la empatía. De modo que lograba rodearse de personas interesantes y hacerlas parte de su círculo de amigos. Incluso, a pesar del hecho de profesar un pensamiento político de centro izquierda en ámbitos de definida derecha. Y, también, gracias a su absoluta falta de vergüenza para poner en vereda a quien osara declarar una idea sin sustento argumentativo porque, para él, el método aristotélico era parte de su vida cotidiana por entonces.

El mayor de tres hermanos. Su capacidad intelectual superaba la media, pero bastaba conocer a su familia (su madre, en particular) para comprender dónde se originaban sus ínfulas de superdotado. Sin duda, era inteligente, pero pesaban sobre sus espaldas las expectativas de un clan que había crecido con aspiraciones trucas, discriminados. Por ello, habían depositado muchas esperanzas en él desde pequeño.

Un claro ejemplo de esa situación es haber festejado su cumpleaños el mes anterior, por más de diez años, para poder ingresar al colegio antes de lo pautado y terminar más joven la secundaria. De modo que festejaba su natalicio junto con su tía paterna en junio, y la familia entera pretendía que había nacido un día diferente del real. Interesante el consenso familiar sobre

sostener semejante mentira por tantos años. Un día, después de cumplir los dieciocho, cuando ya no había más opción que recibirse del secundario, sus padres llamaron a Lisandro a la cocina de su casa (el epicentro de las conversaciones familiares), y le confesaron la verdad sobre su fecha de nacimiento, para que a partir de ese momento festejara correctamente el día de su cumpleaños.

Su gusto por la filosofía se vio pospuesto por una conversación con su padre, en la que éste le explicó las virtudes de entrar al mercado laboral de la mano de una ciencia exacta. Por ese motivo, terminó estudiando Ingeniería, aunque más tarde volvería a la filosofía para cumplir su sueño de ser profesor. Mirando atrás, creo que buscaba correrse de la expectativa familiar y, de alguna forma, hacer su propia historia.

La empatía era funcional para Lisandro. Llevaba su pragmatismo a los extremos, definía rutinas, examinaba patrones en lo cotidiano. Necesitaba el dato que lo dejara más tranquilo con cualquier decisión. Lisandro tenía pasión por la lectura, y eso lo salvaba en muchos sentidos. Dotado de una rapidez mental interesante, sus charlas eran muy entretenidas. La voracidad por nuevos conocimientos lo caracterizaban. El narcisismo era su gran talón de Aquiles, caía rendido ante el elogio, el reconocimiento. Tal vez, sin eso, hubiera podido persistir en sus ideas por más tiempo, sincerarse y ser él mismo más rápido.

Volviendo al “nosotros”. El punto fue que, en algún momento de la vida, nos encontramos. Coincidimos en una charla, porque estaba decidido a conquistarme, y me iba a buscar a donde fuera. A las clases de posgrado, al gimnasio. Me sorprendía con sus apariciones para acompañarme a mi casa. Lo que en lunfardo argentino se le dice un “remador”. Muy romántico, si no hubiese existido el pequeño detalle de que estaba comprometido con otra chica, que hacía todo confuso y complicado. Tenía actitudes muy inverosímiles, hasta estuvimos invitados a una boda (a la que yo fui sin pareja), y él se metió en el baño a pedirme una oportunidad. Con su novia afuera, en la misma mesa donde después nos sacamos todos juntos una foto con los novios.

Luego de mucho insistir por casi dos años, y cuando “hizo que finalmente lo dejaran”, empezamos a salir, y desde el primer momento estuvo en la mesa las ganas de los dos de estudiar en el exterior. Una cosa llevó a la otra. Existieron promesas de amor, interminables cartas que me demuestran en el tiempo cuán capaz es uno de intelectualizar los sentimientos. Y, a pesar de las advertencias de personas importantes en mi vida, terminamos casándonos y estudiando en el Reino Unido.

En pocos meses, pasé del caos de una urbe como Buenos Aires, a la pradera inglesa más desolada y típica. Con vacas y todo. Una experiencia que se iba a dividir en un año para cada uno. Un año uno estudiaba y el otro trabajaba, y viceversa. Ese era el máster plan. Pero, como dice el refrán, “uno hace planes, y Dios se mata de risa”. Fue el preámbulo de una decadencia anunciada. Dos individualidades unidas por los proyectos y ambiciones comunes. Tuvimos suerte y paciencia. A decir verdad, sin eso no hubiéramos durado ni seis meses.

El recorrido me cambió, cambió mis ideas. Y me di cuenta de que algunas veces nos olvidamos de nuestras propias búsquedas, las dejamos en suspenso. Como si fuera una nota imaginaria donde dejamos una idea detenida, hasta que las circunstancias se acomoden, y podamos retomarla. Y, así, se nos pasan algunos años procrastinando una decisión.

En mi caso, la idea del matrimonio era una “ley” que me impedía dar de nuevo rápidamente. Yo tenía que dar pelea a una situación y no podía abandonarla al primer inconveniente. Tenía que, además, sentir ganas de ser madre, de envejecer con él. Muchísimas preguntas que no me

hacía, respuestas que no quería saber. Sin duda, algo no estaba bien si debía poner tanto (demasiado, en realidad) pensamiento para la finitud misma de la vida.

CUATRO

VOLVAMOS A NUESTRA llamada. Cortamos. Llorando los dos. En un momento sentí que era inútil avanzar con la conversación. No podía pensar más. Como si tuviera un botón, me había apagado. Mi alma se había ahogado, estaba sin aire, gateando hacia una salida. “Hablamos mañana”, dije, y corté. A duras penas tenía casa, estaba en lo de una amiga porque yo aún no tenía siquiera el servicio de internet en el departamento. Así que me desconecté, cerré todo y, casi a la medianoche de un martes feriado y frío de Buenos Aires, me fui caminando, surfeando nubes en un universo paralelo.

Parecía un zombi. Actuaba de forma automática, inconsciente, sin reflejos, concentrada en no desatar ese llanto que se agolpaba como agua en una represa y empujaba para salir de mi pecho. Me quedé esperando el colectivo frente a un parque palermitano de Buenos Aires. Me iluminaba el reflejo de la publicidad de la parada en una avenida muy transitada durante el día, pero que, en la madrugada, estaba vacía y silenciosa. Acompañando mi desconcierto, esa belleza inesperada que proporciona la noche, me abrazaba.

Para mi sorpresa, no me salía ni una lágrima en el sórdido ambiente que sólo puede facilitar el transporte público nocturno de una gran urbe. Estaba aturdida, devastada por las palabras que había escuchado. Me molestaba profundamente la cruel sensación de que todo había estado planeado. Que me había engañado para subirme al avión sin una discusión. Odié profundamente su pretensión de inocencia, cuando había premeditación y dolo. Nada tenía sentido. Licu tenía un plan alternativo de vida en el que no me incluía y había pretendido que el amor estaba vivo como siempre, sólo para no decirme en la cara que no me quería más. Era inconcebible en mi cabeza. Me daba asco. Bruscamente, mi vida ya no era la que tenía en mente.

Una parte de mí no se sorprendía de su cobardía. A fin de cuentas, cada vez que Licu tenía un problema, era necesario llamar a María Luisa, su mamá, para que lo calmara. Él no sabía lidiar con la soledad, y la incertidumbre que le provocaba hacerse cargo de sus propias decisiones, tenía la necesidad de que los demás le dijeran que todo iba a estar bien y que, sin duda, estaba tomando la mejor opción. De alguna manera, yo estaba más acostumbrada a resolver, a ponerme en acción, a planear y concretar. Mirándolo con la perspectiva que da el paso del tiempo, es interesante observar cómo se pueden reconocer en nuestras formas de actuar los sentimientos y las características que nos inculcaron, que nos arrojaron en los hogares donde crecimos. Todo se transmite, de una forma u otra.

Empecé a amigarme con la idea y la frase “exmarido” en mi cabeza. Me gustaba, creo que en parte me había casado a los treinta para poder decir, “alguien firmó, no soy material de descarte”. Además, supongo que realmente pensaba que lo que teníamos era parecido al amor de pareja. Qué boluda que fui, pienso hoy. Lo cierto es que imaginaba cómo iba a utilizar la frase del nuevo estatus, en qué situaciones, qué efectos tenía al decirla. Practicaba y medía mis sensaciones. Había saltado la etapa de la furia y dado paso directo a la aceptación en mi duelo.

Me resultaba asombrosamente maduro de mi parte. Me engañaba, porque no me quedaba otra opción: habitaba un departamento cuasi vacío, en un barrio desconocido, con un colchón en el piso y las pocas pertenencias que había traído de Londres en dos valijas. No había manera de que pudiera prever semejante situación. Pensarlo me asfixiaba.

Entonces, más que aceptar, mi mente redujo su operatoria a poner en marcha las rutinas básicas necesarias para funcionar. Activé el “modo supervivencia”, tenía que actuar, levantarme al otro día y pretender para el mundo que el plan inicial estaba aún en pie porque, además, no podía resolverlo en lo inmediato. Si no podía explicarme yo el estado actual de las cosas, mucho menos podría comentarle a alguien los cambios.

CINCO

MI CAPACIDAD DE sorpresa se vería desafiada con el correr de un 2012 decidido a no dar respiro. Al día siguiente de la fatídica conversación de Skype, el correo dejaría en la puerta una carta de amor de Licu con una postal del Tate Museum que decía: “Te amo y te extraño. Besos. Licu”. Mi mirada incrédula sólo atinó a buscar la fecha del sello del correo, y corroboré que databa de una semana atrás. De modo que podía tratarse de una prueba concreta de su locura. Al menos, eso indicaban los primeros indicios.

Licu estaba totalmente desequilibrado, manejando dos personalidades conmigo. Por un momento, era el de siempre; y, por otro, quería desprenderse de mí como si fuera yo un bicho pegado en su brazo. Tal vez siempre había sido igual de insano, pero, en todo caso, yo en ese momento estaba loca de amor y no lo notaba. Pero sí, me había pasado a mí esa absurda situación. Era increíblemente horrible para mi ego reconocerlo. Pero sin duda tenía que aprender algo de esta experiencia, como dice Bauman sobre estos tiempos en los que el amor es líquido y finito.

Para empezar, me podía diagnosticar, me hallaba partida en dos. No iba a transitar el cuentito como me lo habían contado, y me dolía, me parecía injusto. Comenzaba a entender que me habían roto la ilusión y empezaba a caer la ficha de que en ese momento volanteé para un camino (que no sé si era mi destino), dejando atrás muchos otros senderos posibles. La piba que todo controlaba tenía la mitad de sus pertenencias aún en Londres, un colchón en el piso y habitaba un departamento que, ilusamente, había comenzado a decorar con cortinas a medida, haciendo juego con una vida que ya no tenía. No iba a seguir ningún plan que pudiera tener en ese momento para mi vida. “Vamos a improvisar”, pensé. “Agarrate, Albertina”.

Al día siguiente me fui a recorrer Recoleta, el que consideraba mi barrio en la capital porteña, para buscar un departamento. Como había vivido toda mi vida en Buenos Aires en la misma zona, también tenía cerca a mis amigos, me conocía al dedillo las calles y pasajes; y también a varios encargados de edificios. Y a los que no conocía, no dudé nunca en encararlos para pedirles información de departamentos en alquiler, cuando me gustaba el edificio. Así fue que pude conseguir un dos ambientes hermoso, luego de cuatro días de búsqueda. Al quinto día conseguí un flete, cargué mis pocas pertenencias y me vine en una camioneta (desde ese barrio desconocido donde iba a armar mi vida con Lisandro), a mi departamento de divorciada. Paradojas de la vida, o verdades que uno no quiere ver, estaba justo a la vuelta de mi departamento de soltera. Lo visualicé y lo logré.

Me di cuenta de la incomodidad que sentía en muchos aspectos, con las decisiones que había tomado para dejar contento a Licu. Y que, a pesar de toda la tristeza, estaba feliz de volver a mi lugar y retomar las riendas de mi vida. Seguía con un colchón en el piso y un velador, pero satisfecha de reencontrarme con mis elecciones y no pensar en esas concesiones que uno hace por el bien de la pareja. Algo no estaba nada bien en mi vida anterior, así que una parte mía

estaba reconociendo que la decisión de separarme era correcta. Era lo que necesitaba para volver a ser yo. Albertina volvía a la vida. Y mis espasmos de genuina alegría en medio del caos me daban una buena señal.

SEIS

ENTRE CÍNICA Y graciosa fue la elección de palabras de mi exsuegra en el mail que me reclamaba las cortinas, la heladera y el colchón. Una desquiciada, la señora. Dedicaba largas frases en su correo sobre la importancia de asumir la responsabilidad tomada con una tarjeta de crédito. De Licu y su compromiso conmigo, ni noticias. Lisandro había desaparecido del mapa con sólo una conversación de Skype, y a ella le parecía de lo más normal que yo estuviera en Argentina y Lisandro en Londres, pretendiendo una crisis existencial. Al parecer, la escala de valores era compartida entre madre e hijo.

El padre de Licu siempre estuvo en su mundo, pintado, acatando órdenes. Era asombroso y nefasto ser testigo de semejante valoración del dinero y, en contraposición, omitir cualquier referencia al contrato nupcial que su hijo había firmado. Porque ahí caí en la cuenta de que ambos, en definitiva, son contratos y conllevan responsabilidades. El contrato con una tarjeta de crédito y el contrato matrimonial. Era, por lo menos, gracioso el paralelismo, o más bien cercano a lo patético, pero a Licu y familia los pintaba de cuerpo entero. Sobre la grandeza de las palabras y las acciones, toda la familia venía flojita de valores. Otro aprendizaje. Observar de dónde vienen las personas y qué valores manejan, sería una nueva pauta en mi vida. La gente amargada sólo puede transmitir sombras, y este clan manejaba el nivel tinieblas.

Pero mi sorpresa no iba a tener fin porque, para mi asombro, también Licu terminaría reclamándome las cortinas, la heladera y el colchón. ¡Ah! Y, por si fuera poco, me pidió que lo ayudara con la plata para el flete desde mi departamento hasta la casa de María Luisa, ubicada a una hora de viaje de mi departamento. Aunque a esa altura del partido, pude haber actuado con genuina maldad (quién pudiera recriminármelo), reenvié el mail a varios amigos –muchos comunes—, signada por la necesidad de tener testigos de lo que estaba pasando, porque superaba ya mi capacidad de asombro, más que por revancha.

De pronto, mis últimos diez años de vida parecían una mentira, una parte innecesaria en el editado final de la película. Todo comenzó a estar en duda, y me sentí utilizada por mi nacionalidad italiana que le permitió la residencia a Licu en Europa. Me sentí engañada, burlada. Suspiré. Es verdad eso de que la traición no la entendés hasta que la sentís en carne propia.

Por varias semanas no tuve novedades de Licu, hasta que un día el portero me entregó unas bolsas de residuos con “cosas” que había dejado “un flaco” para mí: ropa, cartas de mi familia, algunos libros. Nunca pude recuperar mis cuatro biblioratos con los apuntes de la universidad, esmeradamente ordenados. Todo había sido borrado. Incluso yo había sido editada. Ahora, no era sólo mi corazón el roto, mi ego estaba aniquilado. Combustión espontánea, determiné.

SIETE

“TODAS LAS PERSONAS quieren algo, Albertina. Me sorprende tu ingenuidad, ingeniera. La intención está siempre latente. Tal vez, el acuerdo de intenciones y objetivos personales es el motivo por el cual vamos subiendo a nuestras vidas a determinadas personas en momentos concretos. Y viceversa. Y algunas veces, las personas hacen pactos para obtener lo que quieren, no porque acuerden con lo profundo de los conceptos. Igualmente, creo que tus elecciones, salvo tu primer novio, no han sido satisfactorias. Es como si buscaras mejorar un poco el mundo con tu selección amorosa. Dicho esto, también te digo que es un denominador común el hecho de que nos atraen las personas que pueden revolucionar nuestra existencia. Concéntrate en la atracción, no lo pienses tanto, si no, elegís boludos, como Lisandro. Y vas camino a convertirte en un ser chato y alienado. Aprovechá estos tiempos nena, vos no tenés el mandato que tuve yo. Vos podés hacer otra historia. No necesitás hacer las cosas que hice yo en la vida. De alguna manera, a pesar de todo, tu vida es algo más fácil que la mía. Pensalo. No te concentres en mis errores, concéntrate en las posibilidades que tenés hoy”. Lapidaria estuvo Sofía, mi madre, mientras preparaba el mate y rumbeaba tranquila para el jardín de invierno, que en los calurosos veranos patagónicos se refrigeraba con un potente aire acondicionado y se convertía en el espacio de la charla familiar, del encuentro y el debate ocasional. Porque rara vez una familia de ascendencia italiana está armoniosamente de acuerdo en algún tema.

Por entonces, tuve un período de sueños vívidos. Un momento en que mi mente intentaba visualizar una vez más el desprecio. Me había ido al sur a pasar un tiempo para entender mis próximos pasos, y cuando despertaba no sabía dónde estaba. En los sueños, los personajes nuevos se mezclaban con los viejos. Me costaba muchísimo desprenderme de la sensación de asombro e impotencia de no advertir lo que pasaba en el momento mismo que transcurría. Estaba convencida de que tenía un matrimonio feliz, donde se respetaban las individualidades. Pero, sobre todo, siempre tuve la ilusa tranquilidad de haberme casado con mi amigo, no con “el más lindo” y mucho menos con el “más perfecto”, sino con mi mejor amigo, con quien creí que me iba a sostener la mano en los momentos duros que depararía la vida. Eso es lo que más me costaba comprender, lo que aún dolía y pondría en tela de juicio, por siempre, toda la relación con Lisandro. El no haber advertido nada, el dejar de lado sospechas, el sentir la mentira abierta, en la cara, sin titubeos.

Con el tiempo, me sumergí y me refugié en el trabajo. Intentaba nublar la realidad y convertirla en ficción. Como si fuera un mal sueño, del que pronto iba a despertar. Necesitaba espacio y tiempo para confirmar que todo era verdad y comenzar más entregada a abrazar la desolación en la que sentía que me encontraba, simplemente por tener que empezar de nuevo, por tener que volver a la casilla uno en el juego de la vida.

OCHO

“¡ESTAR VIVO ES el regalo! Es una oportunidad, Albertina. Todo lo demás es prestado”, sentenció Santiago, con una tranquilidad en la voz que me transportó al sosiego absoluto de un atardecer en el campo. Me dejó pensativa, y se alejó a servirse una copa de licor de cassis. Gran creador de momentos, mi amigo y mentor.

Conocí a Santiago en la entrada de La Scala de Milán, para ser más precisa. Me había tocado trabajar allí dos semanas y, en un esfuerzo por aprender a apreciar el género, había sacado una entrada para asistir a “The Two Foscari”. Iba a contemplar por primera vez una ópera. Me resultaba —y aún me pasa— demasiado pretensioso, forzado. Porque convengamos que no es nada natural cantar cada circunstancia del día. Es de esas cosas que me dan vergüenza ajena y no disfruto tanto contemplarlas, pero quería experimentarlo para tener la certeza de la vivencia en mi perspectiva.

Cuando nos cruzamos por primera vez, quedé azorada por un instante por su altura y porte. Siempre me llamaron la atención los hombres altos, pero aún más atónita me dejaron aquellos inmensos y expresivos ojos verde azulados, como el mar profundo, que me sostuvieron la mirada por unos pocos segundos, antes de perderse entre los asistentes al evento.

Santiago era un hombre de mundo, pero había nacido en un pequeño pueblo costero de la provincia de Buenos Aires. Y ahí nos vinimos a conocer. ¡What the odds!, diría un inglés. Por lo tanto, en algún lugar, compartíamos la esencia de quienes aprendieron a adaptarse a distintos escenarios y absorber conocimiento como esponja, como parte del aprendizaje. Santiago ya era un alto ejecutivo de una multinacional, de modo que su origen no era tan conocido en su ambiente cotidiano.

Más tarde, cuando al terminar la función coincidimos en el camino de vuelta (caminando como viejos amigos por Milán), me hablaba ese otro Santiago que habitaba en él. No el hombre de mundo, sino el que había salido de un pueblito para ir a estudiar a Buenos Aires. Los casi veinte años que nos separaban no existían cuando comenzamos a charlar, y coincidíamos en las sensaciones de la obra. La empatía reinante derivaba en largas carcajadas por coincidencias inesperadas. O por debates infinitos sobre temas que nos paraban en veredas opuestas sin retornos posibles, más por ideologías que por edad.

Desde el primer día, me encantó su extrema lucidez. La conexión siempre fue algo paternal, de cuidado y cariño honesto. Con vidas muy diferentes, pero, a su vez, en algún lugar primigenio compartiendo paisajes y desapegos.

Juntos tuvimos siempre un sinfín de temas a discutir, desde las más básicas disyuntivas humanas hasta chimentos políticos. Siempre iba a ser mi consejero, recurría a su sabiduría cuando se me quemaban los papeles del laberinto corporativo. Distintas empresas, pero una misma neurosis, arrastran a los atrapados en el 9 a 18hs de las corporaciones. Es una comunidad que atraviesa culturas diversas y comparte códigos de traición y meritocracias falaces.

Santiago fue uno de los primeros que me dijo que Licu estaba con otra persona. Fue el primero que me frenó cuando, harta del famoso “gris” de Licu, ofrecí pagarle un pasaje de avión para que volviera a Buenos Aires y firmara el divorcio. Siempre ahí, medio padre y amigo, dándome la visión neutral pero sabia de los años. Me dijo: *“Un clavo saca otro clavo. Hací lo mismo vos. Copialo en la única cosa honesta que ha hecho este muchacho en este último año. Me parece increíble e innecesario que te trate así y tire por la borda todo lo compartido, sin siquiera intentar rescatar algo de la amistad que inicialmente los unió”*.

Quedaron repicando en mi cabeza sus palabras. Eso era, Santiago había dado en el clavo, justamente, era la amistad traicionada lo que más me dolía. Convencida de que tenía un matrimonio feliz porque se respetaban las individualidades. Y lo repito, siempre tuve la ilusa tranquilidad de haberme casado con mi amigo, no con “el más lindo”, sino con mi amigo. Lo lindo quedaba pendiente, porque me costaba creer que yo podía conocer a alguien lindo y que se enamorara de mí. Pero estaba en un escenario impensado. Me embargaba una profunda decepción al descubrir que mi marido no llegaba ni a un cuarto de mis expectativas. Cómo yo, que planeaba todo, me encontraba en ese escenario.

NUEVE

EL TRABAJO ME tenía al trote. Luego de mi maestría, había regresado al yugo en un puesto muy demandante. De las cuatro semanas que componen un mes, yo pasaba al menos tres recorriendo América Latina, Estados Unidos y alguna vez Europa. De modo que soltar a quien creí que era el amor de mi vida, se me hizo más liviano. Y tener un jefe con una inteligencia interesante, aunque un carácter lleno de complejidades inesperadas, me mantenía desafiada intelectualmente.

De todos modos, el ámbito profesional estaba atravesado por las disyuntivas laborales a las que se enfrenta cualquier mujer hoy en Argentina. Por un lado, compartís desafíos interesantes; pero, por otro, la vara es diferente a la que juzga el desempeño de los hombres.

En mi ausencia, el área de recursos humanos de la empresa no había evolucionado un ápice. Mantenía esa fingida pretensión de empresa inclusiva y alineada con las tendencias de respeto por las diferencias de género e igualdad de oportunidades. Una tendencia que la propia directora de recursos humanos no compraba, a pesar de profesar lo contrario. Creo que en su cara podía leer que ella no lo creía, porque en realidad no lo había vivido. A pesar de los avances en la materia, tanto ella, como toda mujer en un puesto interesante o de mínima exposición, sigue en la actualidad siendo criticada, banalizada, juzgada por su carácter y apariencia, más que por conocimiento. Y siempre que sea necesario correr de algún lugar a las mujeres, nos volvemos histéricas, intolerables, y de pronto no nos quiere nadie y somos un problema. Y puedo seguir describiendo más excusas y argumentos creados en una narrativa confeccionada para retroalimentar esa misma locura corporativa que dice respetar las diferencias y evolucionar.

La directora de recursos humanos, alguna vez me discutió el sueldo de una chica de mi equipo, en un país latinoamericano bastante complicado, que realizaba tareas titánicas para una sola persona. En ese entonces, ante su pedido de “baja sustancial en los montos de mi curva de sueldos”, le demandé que me abriera la información de esa misma posición en mercados menos competitivos en los cuales la empresa trabaja. En los otros mercados eran más personas por menos tareas, y eran varones los responsables. Asumo que la descoloqué con el pedido, pero lo cierto es que yo tenía la presunción de que en esos puestos hacían menos y ganaban más. Y así lo confirmé. Su mail fue breve y, sin reconocer su juicio equivocado, me dijo: “sin dudas es muy valiosa esa chica, podés mantenerle el sueldo e, incluso, subírselo un 30%”. Esas pequeñas batallas eran las que me empoderaban y me hacían sentir genial cuando las conquistaba. Aunque no podía compartirlo con mucha gente, yo sentía que estaba haciendo un aporte.

Era moneda corriente escuchar en conferencias internas las virtudes del respeto a las diferencias y la abolición del famoso “techo de cristal femenino”, cuando la realidad mostraba que éramos dos mujeres en una mesa de quince gerentes varones. Dos ejemplos de caminos plagados de inconvenientes y disputas que un hombre no cuenta en su historial de carrera. Notable desigualdad. Ni hablemos de sueldos. Ni hablemos de que las dos estamos altas en la pirámide de la meritocracia por esfuerzo propio. Esa misma meritocracia que mi vecino de

asiento, que no completó ninguna carrera universitaria, se pasa por sus partes íntimas, mientras su mayor logro es ser apadrinado por un intocable amigo del dueño del circo. No juzgo que no haya estudiado, juzgo que, a mí, mujer, me piden mucho más, me piden que haya estudiado y que esté entre los primeros promedios. Volviendo a mi vecino de asiento y futuro reemplazo de mi jefe, nadie lo soportaba. Ni a su persona, ni mucho menos, a su pobre intelecto. Pero pienso que poco me importaría si cobrara su sueldo. Bueno, tal vez a mí, que soy una boluda romántica y *criada en la meritocracia*, sí me importa.

Por entonces, la ya extraña historia tragicómica en la que se había convertido mi vida ahora sumaba la pretensión ajena sobre cómo debía ser yo. Necesitaba tener un lugar donde algo fuese menos demandante, pero no lo encontraba. En medio de esos momentos infinitos de la vida de oficina, me llamaba Licu. Porque tenía angustia, o porque no encontraba entre mis cosas algo de él, y le parecía normal seguir llamándome para que yo lo ayudara. En las conversaciones apelaba a una cotidianidad ficticia porque incluso ya sabía yo, por amigos en común, que “teníamos” una nueva actriz en escena, que vivía en mi casa y, asumo, usaba mis cosas. Aquellas cosas que perdí en la inocencia de volver a Argentina con sólo dos valijas con ropa. Tristísimo que, además, la conocía. Incluso charlamos. Cuando Licu me la presentó como la nueva de la oficina en Londres, un día de sol (para variar), recuerdo que le dije que lo miraba con “cara de cordero degollado”. ¿Tan obvio podía ser? Eso nunca se lo dije, lo hablé con sus amigos. Pero, bueno. ¿Qué iba a decirle yo? ¿Qué valor tenía descubrir ante sus ojos su propia traición? Trillado y decadente. Tanto, que era vergonzoso para mí comentar al respecto.

Como yapa, ya que en la oficina nos conocían desde que ingresamos, fui blanco de hermosos comentarios maliciosos sobre la ingenuidad de mi persona. Se sumaba a los que ya recogía por ser mujer en un puesto interesante, claro. Objetivo fácil y perfecto de críticas. Al menos estaba flaca, así que, por un costado, “no me entraban las balas”. Compañeros y directores me preguntaban cuándo llegaba Lisandro. Y yo no disimulé ni mentí porque (soy malísima mintiendo) realmente ya era bastante increíble todo lo que sucedía. Dije que no sabía en qué estaba mi matrimonio, que él había cambiado de opinión y quería quedarse en Europa, y que estábamos evaluando el divorcio. Era lo único que podía decir, si tampoco tenía mucha idea del estado real de su psiquis. Decía eso, y se quedaban estupefactos ante tanta información y sinceridad.

En ese tiempo, me sorprendió cómo en medio de la más desopilante historia de desamor, podés resultar una persona interesante para otras. Comencé a recibir muchas invitaciones a almorzar de colegas o directores de empresas cercanas. Rebuscada. Ilógica. Inesperada era mi realidad por entonces, pero yo estaba más tranquila. Empezaba a reconocer muchas historias de caminos fallidos a mi alrededor que se reencauzaban y volvían a encontrar la armonía. No era la única que se había alejado de la ruta esperada, sólo era la que más recientemente había sufrido el golpazo.

DIEZ

EL AÑO 2012 estaba empeñado en mantenerme delgada y desgarbada. Estaba tan agobiada por darme cuenta de que había vivido con un cínico y calculador irrecuperable, que no pude detenerme en otro pensamiento, no quise, y eso hoy me lastima cuando lo pienso. Hubo señales que no quise ver.

Estaba un poco más flaco y cansado que lo habitual. La sorpresa me la dio papá. Papá decidió irse de este plano, repentinamente, y vino a avisarme a mis sueños de su partida. Esa noche, mientras dormía, tuve la clara sensación de que papá me despertaba de la misma forma como lo había hecho durante toda mi secundaria, tocándome el hombro y susurrándome un buen día al oído. Sólo que yo desperté en un hotel, en México, donde estaba trabajando esa semana. Abrí los ojos y sentí una inmensa necesidad de meterme corriendo en la ducha a llorar. Algo no estaba bien, y yo no sabía qué era.

Poco tiempo pudo mantener mi familia la noticia en secreto. Lo habían hecho bien, salvo por el detalle de que esa mañana, mientras estaba en una reunión, leo el mensaje de WhatsApp de una amiga de la infancia (que rara vez me hablaba), dándome el pésame. Desde ese momento, no pararon las lágrimas y la sensación de ahogo. Al día siguiente embarcaría un avión con la triste certeza de que mi padre ya no estaba en este mundo. Pero debía certificarlo. La noche anterior conversamos, incluso lo reté, como siempre hacía cuando exageraba. Códigos de padre e hija. Toda mujer que ha tenido la fortuna de construir un diálogo genuino con su padre comprende de qué complicidades hablo. Los padres proporcionan uno de los amores más puros y consistentes que puedan existir. El cuidado, el diálogo que entablaba conmigo eran únicos. Su mirada estaba siempre repleta de amor y empatía, a pesar de no siempre coincidir en las opiniones. Aún extraño mucho esa sensación de cuando él me miraba.

Fue así como se esfumó la posibilidad de nuestras eternas charlas por teléfono o por Skype, cuando volvía en colectivo de la universidad, en Londres o en Buenos Aires. Las cartas de puño y letra, donde papá me explicitaba que sólo me mandaba los *Sugus* (una marca característica de golosinas argentinas) de menta, mis preferidos, y yo podía imaginarlo eligiéndolos de la bolsa de 500 con muchos más colores. Lo que más me dolía era que ya no iba a verlo con un hijo mío en los brazos.

Con papá había repasado muchas ideas sobre el matrimonio y la iglesia en el último tiempo. Él era un eterno romántico, la fuente primigenia de mi romanticismo. Mientras que, de mi madre, heredé la energía, la polenta y determinación.

Su partida tuvo una última lección. Papá siempre me habló de la acción para demostrar sentimientos. Desde el primer día, me había reclamado que Lisandro no había conversado con él este desamor reciente que me estaba profesando, que no era digno este comportamiento de un hombre que sabe lo que quiere y que cuida a los suyos. Con su muerte, limpió de un plumazo la frivolidad, y volvieron a mí esas imágenes fundantes de mi persona: los abrazos, las

conversaciones, las lecciones volvieron a ser conscientes y me devolvieron la posibilidad de reconocer quién era yo, de dónde venía, de qué estaba hecha.

Luego de más de veinte horas de viaje, diezmada por el dolor de los que más amaba, a quienes encontré, como en espejo, doblegados por la misma tristeza que me invadía, al fin alcancé la mano de mi papá en el féretro. Siempre nos tomábamos de las manos. Después caería en la cuenta, mirando las fotografías, armando el rompecabezas de mi vida. Por suerte, estuvieron los abrazos que me permitieron sostenerme en pie, a pesar de tanto dolor. Ninguno de Lisandro, quien había dado un discurso precioso sobre el amor y la incondicionalidad de los sentimientos en el registro civil, el día de nuestro casamiento pero que, a la hora de la verdad, no estaba siquiera presente a mi lado.

Y en ese preciso instante comprendí, de la forma más cruda, con su total ausencia, que no hay nada más elocuente en el verdadero amor que la acción. Los hechos hablan por sí solos. Se te acomodan los jugadores en la cancha, y los patitos se ponen en fila cuando la muerte se atraviesa en tu vida.

Ahí mismo se terminaba lo gris, lo amorfo, esa indefinición que me carcomía los órganos internos. Si Lisandro no sabía lo que quería, estaba en todo su derecho, pero yo sí sabía. Me había caído la ficha, finalmente, con la muerte de papá. Lisandro me confirmó con sus acciones en ese momento que no era quien yo creía. No era ese hombre del que yo me había enamorado. Lisandro era dueño de fuertes ideas sobre los códigos morales, sobre el entendimiento, sobre la amistad. Pero aparentemente todo era discursivo. El Lisandro con quien yo creí haberme casado no hubiera dudado un segundo en estar a mi lado, sin decir mucho, sin opinar. Sólo porque eso es lo único que uno puede hacer en situaciones semejantes. Pero el Lisandro de los últimos meses, el gris, el que no es ni blanco ni negro, el que no había podido dejar de lado sus necesidades para venir a acompañarme, a tomarle la mano a quien había compartido la vida durante los últimos seis años, el real, ese no tenía códigos morales. Tampoco llamó a mi familia para dar el pésame. Ni su familia me llamó a mí, mostrando una vez más de qué estaban hechos. Faltaba que me mandara una foto de la novia nueva con mis pijamas.

Lamentablemente, me quedaba muy claro que no sabía quién era el nuevo Lisandro. Pero inesperadamente tenía muy claro quién era yo, y qué pretendía de mi vida y mis relaciones. Fue un período de alivio definir el paso de avanzar con el divorcio. Si algo podía elegir, iba a ser terminar esa relación, que era lo único inerte en toda la escena. Yo venía de una familia con amor, sentí mucho amor, a pesar de la partida de papá. Me dejó cartas, palabras, acciones concretas. Hasta descubrió el velo de quién era Licu en realidad. En ese momento entendí y le agradecí mucho. Me dio paz esa certeza. Me cambiaron los lentes. En esas situaciones comprendés más claro quiénes son y cuáles son los valores propios y los de las personas que te rodean. Papá siempre decía “hechos, no palabras”.

ONCE

ME ABRIÓ LA puerta de mi departamento con una cara sin expresión puntual, muy típica de Juana. Y, mientras su cara se transformaba hacia un llanto sentido, me abrazó sin darme tiempo para percatarme de que estaba en mi casa. Había vuelto de su luna de miel y estaba esperándome para darme un abrazo de consuelo, de amor de amiga, de apoyo. Me abrió la puerta de mi propio departamento cuando aterricé de México y me abrazó muy fuerte, sin decir nada sobre mi cara desfigurada de tanto llorar por la partida de mi padre.

Me esperaba con un desayuno para hacer tiempo juntas hasta el horario del siguiente vuelo, que salía en unas horas. Por sus compromisos laborales, no podía acompañarme hasta la Patagonia pero estaba ahí. Juana, una loca linda con quien nos conocimos en Francia haciendo un curso de idiomas, y terminamos metiéndonos en otro de perfumería. Hablamos poco francés, pero fueron los mejores cursos que hice en mi vida. Me reí mucho y hablé casi nada de la lengua de Simone de Beauvoir, pero conocí a un gran filtro embellecedor de la vida: Juana. Esas personas que te bancan en todas y te suman siempre una alegría, a pesar de que la tristeza aparezca por todos los rincones.

Julio 2012 fue un tsunami, donde sólo quedaron en pie las bases sólidas. Las desgracias, los momentos más duros que se atraviesan en la vida, te muestran, con certeza radiológica, de qué están hechas las personas a tu alrededor.

Tuve la fortuna de ser bendecida con un trío genial de amigos cercanos. Cada uno muy peculiar, atípico. Esas personas que por diferentes razones no pasan desapercibidas en ningún ámbito. Enrique, que me esperaba en el aeropuerto de Neuquén, sin mediar mucha palabra cuando le hablé por teléfono, sólo atinó a preguntarme el horario de arribo del vuelo y decirme que él iba a estar ahí esperándome para ir directo al sepelio. Un amigo del secundario, que la mayoría de las veces se caracterizaba por pensar diferente a mí en múltiples temáticas. Juana, una hermosa sorpresa que me dio la vida, con su racionalidad, locura y diversión en partes iguales.

Y Lucas, el más colgado de los tres que, fiel a su estilo, se enteró tiempo después de la muerte de papá, mientras leía algún mail frente a una playa en Tailandia, en otra de sus vueltas al mundo. Él apareció a su manera, a su regreso, compartiendo largas caminatas nocturnas por la indómita noche porteña, luego de alguna función de cine o teatro. Su apoyo consistió en ayudarme a poner la pérdida en palabras. Lucas es dueño de un carisma único. Alto, elegante, fumador de habanos y gran consumidor de sombreros. Salir con él siempre fue sinónimo de ser objeto de la atención y el aprecio de las personas circundantes. Recibir miradas de todos los géneros sexuales para entender la naturaleza de nuestra relación, o por simple admiración de su estilo. Dueño de una presencia ineludible, una prosa afilada por interminables horas de estudios, lectura y debate filosófico. Su intensa cultura, que nutre en cada viaje, le brota por los poros junto a una masculinidad fuera del estándar. En resumen, es imposible no dedicarle una mirada.

Así que siempre es divertido salir con él. Cuando la vida nos junta, somos muy graciosos. Un regalo de la vida.

DOCE

“FRACASAR ES MANTENER una relación que no funciona. Y dejate de pensar tanto, que la vida es para vivirla y no para pensarla. Atravésá los sentimientos que tengas que pasar y ponete en movimiento que las estatuas no avanzan, mi amorcito”. Nuevamente Sofía, y su mente brillante dándome un mazazo de realidad. Porque a veces necesitás que alguien te sacuda un poco para que sueltes esas amarras que te tienen tieso, inmóvil. Corté el teléfono fijo. Qué antigüedad. Pero soy de esas pocas personas que aún en estos días tienen teléfono fijo inalámbrico, claramente vengo de visita en este nuevo milenio. Me siento algo “vintage” por ponerle onda a mis peculiaridades.

La cuestión es que había llamado a mamá para despedirme, tenía que irme a un evento en la oficina de Nueva York de la empresa, y preparar unos informes para otra reunión en México. En medio de todo esto, había un fin de semana, y me iba a la boda de una de mis mejores amigas de la maestría, Beth, en una pequeña y bella capilla del 1800, en medio del sur londinense. Esa fortuna, que cada tanto agradezco mucho, me ha dado la oportunidad de conocer y ser parte de rituales que no me pertenecen y me fascinan.

Fue un fin de semana divino, donde sentí a la ciudad y a sus afectos como parte de mi historia. Hasta fui a visitar mi querido London Fields con Beth y, a pesar de tener presente a Licu, y encontrar extraño no tomarme el 38 para ir a mi casa, no sentí pena ni melancolía como había supuesto. Por el contrario, sentí que Londres y todo lo que allí me rodeaba eran parte de mi historia y me hacían quien soy. Estaba muy en paz con eso.

Mis amigos son dos intelectuales hermosos, hijos de intelectuales aún más interesantes. Pasaron unos años en China haciendo trabajos de campo y residencia, en el caso de él, porque es médico. Fue un fin de semana en el que fui parte de una celebración que incluyó hermosos discursos y terminó con guitarras y payadas en varios idiomas, para rematarlo en un desayuno comunal con panqueques caseros y abrazos interminables.

En este contexto, conocí a William. Un arquitecto que estratégicamente había ido a parar a mi lado, con otros dos solteros más en mi mesa. Apenas registré la situación, miré a la novia que me observaba con cara pícara y levantaba las manos cual emoji, encogiendo sus hombros. Había tres solteros. Todos apuestos e interesantes. Completábamos la mesa cuatro solteras. Yo, la única extranjera. Nos reímos mucho. La pasamos bien. Sin duda, William era el más alto y sexy. Con unos ojos azules impresionantes. Me costaba navegar mi latinidad con su anglosajonismo. Los rituales amorosos cambian un poco, pero el entendimiento es el mismo; y, si el deseo está, es notable como no existe ninguna barrera cultural. Así que, terminamos durmiendo juntos “cucharita” y teniendo unas de las experiencias sexuales más dulces que podría imaginar esa noche. Fue una escena tan romántica que me colmó el corazón lleno de agujeritos que venía trayendo. Más bien, arrastrando, por entonces.

Sólo podía quedarme ese fin de semana, ya que debía estar en México el martes siguiente, y me había pedido el lunes para hacer el viaje con calma. Así que, ese mediodía disfrutamos un brunch con todos los polizontes que terminamos en la casa de los novios y quedamos en ir al cine para ver una película 4D. Compartimos la tarde con sabor a despedida larga y nos dimos un abrazo honesto, de esos que surgen con quien pudo haber sido otra historia, pero sabíamos que no era. Él iba a comenzar un trabajo desafiante en Canadá, y yo volvía a mi rutina.

Por esos días en Londres, me encontré en Ángel Station con otra querida amiga, Kate. Luego de un elaborado speech, me explicó la racionalidad detrás del uso de las apps y los sitios de citas, y me bajó Tinder. Me explicó la lucidez del algoritmo y las indicaciones para suscribirse y ver lo mejor del mercado de una vez. A ver si el algoritmo determinaba que era medio fulera, y me mostraba los feos nomás... Kate quería estar segura, al parecer, el algoritmo “aprende” y “mejora” las opciones.

Sobre todo, hizo hincapié en que los nuevos medios nos evitaban algunos pasos trascendentales que llevan tiempo en el proceso de conocer a la pareja. Podés determinar cuáles son los parámetros ineludibles en el ser amado. Y, como digna egresada del Imperial College London, me dio el argumento más racional que conocí sobre el tema: *“Mirá, Albert, yo soy inglesa. Anhele conocer un hombre con estudios universitarios y un trabajo que me pueda proporcionar un estilo de vida acorde a mi propia educación y estrato social. Espero que su sueldo le permita regalarme un anillo de compromiso de, al menos, tres sueldos y que tenga un nivel de educación que lo haga capaz de desenvolverse adecuadamente entre mis amigos. Y algo no menor, que finalmente desee también el proyecto de vida de familia que yo tengo en mente. Así que, a una persona pragmática como yo, le evita perder el tiempo en un bar o en una fiesta charlando una hora con alguien sexy que, finalmente, toca la guitarra en un pub y su ambición sólo alcanza para fumar unos porros con amigos”*.

Y sí, debo decir que me convenció. Balbuceé que su lógica era extremadamente anglosajona, porque seguramente en Latinoamérica la gente miente en sus perfiles personales, y todo se desbarajusta rápidamente con mentiras. Pero, así y todo, el argumento mantenía sentido. *“Vos viajás, Albert. En Europa no todos quieren sólo ir a la cama, capaz conocés gente interesante. Usalo de manera inteligente y no perdés nada”*. Obviamente, reconocí que tenía un punto y también pensé en las diferencias de pensamientos y de vivencias de mis amigos en el exterior. Cómo condiciona el contexto, cómo condiciona la mirada, las expectativas y, de alguna forma, las vivencias. Y me sentí afortunada de poder experimentar y reconocer estas diferencias. Tal vez debía seguir explorándolas. Ahí tenía un recurso propio para explotar. Tal vez de eso se trataba el *“atravesar los sentimientos y ponerse en movimiento”*, que me marcó Sofía. Al final, *“la mamma”* sabe, pensé.

TRECE

EL VIAJE A Nueva York lo definí en dos horas, cuando me di cuenta de que podía tomarme el fin de semana largo de Pascuas y cambiar unas millas. Laura, una de mis amigas del máster en Londres, me alojaba y esperaba feliz. Ella estaba haciendo una segunda maestría en esa ciudad, y mis visitas laborales o por ocio siempre fueron un recreo en su ajetreada vida entre su labor por el bien público y la academia. Las noches juntas siempre fueron larguísimas entre charlas de muy diversos tópicos. Desde los beneficios del ayurveda hasta el desamor y la incertidumbre del futuro. Siempre nos divertimos.

En esa ocasión, pasamos los días entre paseos y clases de hot yoga en algún local canchero del Soho. Un día, estábamos algo aburridas y sumamos amigas para una salida. Nos pusimos a jugar con una aplicación de moda en la ciudad, similar a Tinder que, a diferencia de la más famosa de las aplicaciones de citas, la mujer era quien daba el primer paso. Al parecer, garantizaba un nivel intelectual algo más alto porque debías ser universitario para darte de alta. Tiempo más tarde, me enteré de que, de hecho, es una de las inventoras de Tinder, que se separó de su novio y fue expulsada del trabajo y se vengó reinventándose. Grosa.

Desde poco antes de mi arribo a la ciudad, había estado chateando con varios y había hecho match con Emiliano. Un publicitario canchero, muy divertido, con el que intentamos varias veces un encuentro casual para charlar y ver si pegábamos onda. Esa noche lo logramos, fue fluido todo. Salimos a cenar con Laura, Natalia y Cintia. Él se sumó sin enredos junto a tres amigos divertidos, y con tantas ganas de conversar y pasarla bien como nosotras.

Ellos, publicitarios. Nosotras, un poco más eclécticas con mi presencia. Porque mis tres amigas trabajan en organismos internacionales creados para el bien común, y la única más cuadradita vengo a ser yo (a pesar de todos mis intentos de no serlo) y estudio una maestría en Ciencias políticas. Continuamos en un pub de Brooklyn escuchando jazz y bossa-nova en vivo para, finalmente, terminar teniendo un sexo tranquilo y sanador en su casa de Little Italy, un barrio que siempre me pareció de cuento.

Charlamos de cine y arte. La casa era como de revista. Director creativo de una agencia muy importante, tenía para entretenerme sólo mirando sus libros, cuadros y discos. Podría haber sido un novio más que interesante. Lo tenía todo. Conversación, carrera, viajes, aspiraciones y un pasado atravesado por una enfermedad que lo hacía aún más sensible y atractivo. Era un candidato excepcional, si no fuera por el detalle de que yo estaba en otra sintonía y con pocas ganas de mudarme a Nueva York, por más genial que pareciera la idea de conocerlo en primer término.

Fue uno de esos momentos en los que la vida te sorprende mostrándote un camino bastante atractivo que, a pesar de todo, decidís no tomar. Ahí comenzás a darte cuenta de lo rebuscados que podemos ser los seres humanos. O, dicho de otra forma, te das cuenta de lo poco lineales que somos. En ese momento tan claro y conocido por todos, en el cual se define si te quedas a

dormir, yo le dije con mucho cariño -juró que puse especial atención en hacerlo bien- que prefería volver.

Emiliano me sorprendió con un Uber a su cargo para llevarme a casa de Laura y me dejó la pelota a mí para vernos nuevamente, cuando percibió que yo pasaría de un segundo encuentro. Me encantó su temperamento suave y dulce. Esa calma y claridad para accionar que tienen las personas que saben lo que quieren y dónde están parados. Y, así, crucé lagrimeando el puente de Brooklyn, y me fui contenta de comenzar a recuperar mi amor propio, mi cuerpo, mi sexualidad, en una noche neoyorquina, una Pascua cualquiera.

CATORCE

A MI REGRESO a la realidad, al término de ese fin de semana largo, volví a una semana de evaluaciones en la oficina de México. Y, sin darme cuenta, ahí iniciaría mi creciente decepción con la que, hasta entonces, consideraba mi querida empresa, a la que dediqué varios años. Comencé a notar cierto patrón en la vara que medía la forma de evaluar mujeres. Y, al tener un equipo mixto a cargo, empecé a darme cuenta de que no debía justificar casi ninguna acción de los varones de mi equipo (“mis chicos”), pero consistentemente debía hablar del carácter de mis chicas y justificar sus aumentos y acciones con mayor énfasis.

Esa semana fue el colmo cuando me vi defendiendo las capacidades idiomáticas de una chica del equipo chileno con un jefe argentino increíblemente misógino a pesar de ser joven y padre de una niña. La chica en cuestión contaba con varias maestrías, una en Brasil, donde vivió cinco años. Mi director le pedía opinión a su jefe, que lo único que tuvo para decir fue: *“Laboralmente es impecable, pero es algo histérica, quiere un orden muy marcado en agendas”*. Cuando fue mi turno de opinar, procuré destacar los excelentes comentarios de todas las áreas sobre ella, y su utilidad en la nueva empresa portuguesa que el holding había comprado. Podía ser de gran ayuda para preparar los materiales por su habilidad con el idioma. Mi jefe destacó mi racionalidad, pero se limitó a quedarse con el comentario de la histeria que, sin dudas, magnificó su propio jefe, quien ni siquiera hablaba bien español (y no lo digo por defender a la chica) y mucho menos inglés o portugués, pero que sabía perfectamente bien ser muy obsecuente.

Empezó, entonces, a dar vueltas en mi cabeza una idea: podés ser la semilla de un ser brillante, pero si no estás en el suelo adecuado que te nutra y haga florecer, no lo vas a lograr y, encima, la vas a pasar mal. O ni siquiera vas a sobrevivir. Algunas veces cometemos ese error. Al igual que en mi matrimonio, estaba en un trabajo equivocado. En apariencia, genial, pero rotundamente equivocado.

Cometemos el error de quedarnos con la primera decisión, sin darnos cuenta de que no consideramos otros factores tan o más importantes que te hacen “florecer”, en el sentido más amplio de la palabra. Pensando en que siempre buscamos desarrollarnos, ser mejores personas. El error es esperar que el contexto cambie, cuando debemos cambiar de contexto. No es un proceso sencillo, y es necesario acomodar muchas variables para hacerlo de manera exitosa. Y, aun así, seguramente saldremos heridos, porque los procesos en que las expectativas no fueron cumplidas siempre duelen.

Y en el mundo corporativo se ven todas las miserias. El que quiere tu puesto y tus influencias. El que te odia. El que te sonríe, pero te defenestra en cuanta ocasión puede. Y el peor, el que te anula, el que pretende que no estás ni valida un hito de toda tu trayectoria. Todos esos están. Y se mueren de bronca cuando te va bien. E, incluso, cuando aparentemente te va mal porque marcás algo, estás en el relato común.

El sector empresarial es como el mundo real en una pequeña escala. Algunas personas creen que pueden alterar la paz bien ganada de otros. Insultar, criticar, juzgar, desmerecer. Esas son las palabras que empezaron a repetirse en mi trabajo. Comenzaron a resonar seguido. Encontrarte luego de muchos años defendiendo a personas atacadas por su carácter, y no por sus capacidades, te hace ruido, aunque no quieras moverte por comodidad.

Y, como frutilla de postre, las pocas mujeres que estábamos para remediar esa situación, no todas pensábamos igual. Descubrí que existen mujeres infinitamente más machistas que algunos hombres, mujeres que creen que los hombres son más simples de llevar. En definitiva, mujeres u hombres inseguros suelen llegar a puestos de mando por obsecuencia, y ello hace que cualquiera con mínima capacidad sea para ellos una amenaza. Esas otras mujeres cada tanto armaban una linda “quema de brujas” para mantener su supremacía.

En el mundo corporativo falta mucho camino por recorrer. El feminismo es más complejo en este ámbito, los halagos a la belleza y las incomodidades hay que dejarlas pasar para no ganarse el título de histérica o engreída.

En el sector privado no siempre existe un cupo de mujeres en funciones directivas, como ocurre en algunos organismos públicos, donde el estándar internacional permite que se procure igualdad de géneros en espacios de poder. Las militancias feministas de otros ámbitos quedan reducidas a la moda y a la voluntad de los dueños en el área privada. Y, cuando son grandes estructuras, pueden existir muchos criterios de los directores del “medio de la tabla de posiciones”, esos que son los que realmente deberían preocuparse.

En este sector, cuando sos mujer y hacés ruido, todo se magnifica. Automáticamente te convertís en la histérica, la problemática, y el resto empieza a producir un vacío alrededor de esa persona que hace que todos se corran, por las dudas.

En mi caso, esos directores, gerentes del medio, los que deberían bajar las ideas más actuales de un dueño, generaban una cultura nefasta de miedo y apostaban a la obsecuencia para seguir ahí. Tristísimo espectáculo. Y, a mí, se me fue haciendo más eso; un espectáculo para ver y sorprenderme.

“Yo entiendo que es tu amigo, pero tenés que decidir si vas a cubrirlo siempre, Albertina. Matías no es el más cuidadoso, y lo sabés. Tenés que aprender a echar gente y a soltar amistades si querés crecer”. Con frases de este tipo mi jefe empezaba a pedirme que fuera otra persona, que pelee por mi jerarquía, que le tire tierra a mi compañero de trabajo. Básicamente, que sea una mala persona. Obsecuente para arriba, y mala para los costados y para abajo.

La verdad, todo sumaba a la idea de irme apenas pudiera. En realidad, quería juntar la plata necesaria para hacerlo y estar unos meses sin trabajar, para buscar tranquila otro lugar, si no lo encontraba de una vez.

Pero todo se aceleró cuando mi jefe me comunicó que se iba a jubilar. Comenzaba una lenta transición con su reemplazo, quien era el tipo más inseguro y poco preparado del planeta. Así que yo sabía que, con él en el cuadro, me iba a tener que ir, pero nada nada me hizo calcular el nivel de maldad y poco profesionalismo con que ese sujeto me iba a encarar: *“Mirá, Albertina, vos conmigo no vas a ningún lado. Vos conmigo no vas a crecer, porque para mí vos no valés nada”.* Así de directo fue Darío al empezar a tomar el puesto.

Quedé atónita. Mis ojos se llenaron de lágrimas y logré elaborar una frase coherente. Tantas horas de psicoanálisis dieron resultado, y pude expresar que yo no merecía esa agresión, que me

explicara cuál era el objetivo. Y obviamente arremetió con: “Ay, *no me jodas, vos sos muy segura de vos misma, ¿me vas a decir que vas a llorar?*”. Yo no sé qué te hizo pensar que no tengo sentimientos para responder a semejante agresión de tu parte. De qué seguridad me hablaste cuando me estás agrediendo sin ningún tipo de razón, más que tu propia inseguridad y espacio de poder. “*Mirá, no sé qué decirte, no tengo más nada que hablar*”. Y, sin más, huyendo como rata por tirante, se fue de la oficina. El mismo tipo que por años procuró coartarme el crecimiento y negarme beneficios que mis pares tenían, como créditos para la compra de vivienda, ahora tenía el puesto perfecto para directamente maltratarme gratuitamente y mantener la cobardía de no ser capaz de echarme.

Y ahí empezó la “eyección” de mi -hasta no hacía tanto- querido trabajo. Con la decepción de que no había meritocracia ni nada similar, sino personas elegidas y obsecuencia. Ah, y que mi compañero Matías no iba a tener reparo alguno para hablar mal de mí y tomar mi puesto de trabajo sin remordimiento y, simplemente, desaparecer. De compartir diariamente el almuerzo, pasó a no hablarme más. Otra decepción para revisar el nivel de mis vínculos.

En mi trabajo me encontraba en un mar de mala gente, y yo navegaba ilusa pensando que paseaba feliz en una canoa en Bora Bora. Hoy me río, pero empezó ahí también un proceso natural de limpieza porque, evidentemente, no era en ese lugar donde iba a florecer mi mejor versión. Había muchas personas que sería preferible perderlas de vista más que mantenerlas en mi vida.

Así fue como, en medio de la limpieza personal, se empezaba a dinamitar mi precioso trabajo corporativo. Y gracias a que, a pesar de todo, en la alta dirección de Recursos Humanos y en la dirección general me apreciaban (a pesar del complejo contexto de lealtades), me ubicaron en un puesto en Argentina para poder acomodar mi salida con un poco más de tiempo.

No todas fueron malas personas. Debo decir que hubo algunas que siempre me cuidaron y quisieron lo mejor para mí. Sólo las que querían mi puesto, o a quienes yo molestaba en su carrera hacia mejores cargos, fueron las que me maltrataron. Tal vez hubiese estado bueno preguntarme si yo quería correr esa “carrera”, porque no sé si me interesaba más que por la pasión por mis estudios, pero, aparentemente, era una oponente válida para lastimarme así.

Mudada a otra estructura dentro de una misma multinacional, ni mi nuevo jefe ni mi compañero contaban con credenciales ni actitudes loables y merecedoras del puesto que tenían, pero ahí estaban. Tuve que armarme de paciencia para irme bien, y eso implicó tolerar un puesto en Argentina, con un jefe que me recibió con la célebre frase “*gocemos mientras dure*”, marcando la pauta del nivel de vuelo intelectual de un área que hubiera podido brillar, pero quedaba en el camino.

A pesar de eso, fueron años en los que procuré sacar provecho y supe agradecer que me recibieran, ya que sufrí la total indiferencia de mi área de origen, de quien fuera mi jefe y mis compañeros por unos 12 años, de manera bastante cruel. Yo sabía que estar cerca del CEO y los directores te hacía blanco de amistades interesadas, pero verlo así de claro fue todo un aprendizaje. Incluso, valoré lo que me pasaba (a pesar de la decepción), porque de otra forma iba a estar siempre rodeada de amistades falsas.

Se me vino a la cabeza papá llorando en el living de casa, sobre el sofá rojo que mamá había elegido, pese al descontento de todos. Había comprado un segundo auto con mucho esfuerzo, y el gestor lo había engañado con papeles falsos. Perdió toda la inversión, sin más. Recuerdo cuando vinieron a llevar el auto. Y recuerdo como en su tristeza me miró a los ojos, se secó las

lágrimas y me dijo: *“yo actué siempre de buena fe y de manera correcta. Me mintieron y me robaron. Básicamente, me estafaron, pero todo reafirma quien soy yo, y describe quiénes son ellos. Siempre el foco en uno, hija, en tus acciones, en lo que vos podés hacer. No podés prever todo”*. Se levantó y se fue al trabajo. Me quedó siempre esa imagen. Su cansancio, su pena. Y yo ahora navegaba esa sensación y buscaba su templanza en *mí para seguir adelante*.

Finalmente comprendía que debía ocuparme de otra cosa más y armé listas. Siempre armé listas. Ahora, parecían listas más trascendentales: Mudanza, Divorcio, Funeral, Cambio de trabajo, Encontrar un compañero de ruta. Gran lista, pensé. y me fui a una clase de spinning. Había que sacar ese grito atragantado en transpiración.

QUINCE

“ALBERTINA SIEMPRE PENSÓ demasiado todo. Por eso fue lenta. Cuidadosa. Minuciosa. Siempre quiso hacer todo bien. Y, la verdad, es que ha fallado con bombos y platillos. No sé si aprovechó todas las libertades que tuvo, o que intentamos proporcionarle. Siempre sintió esa culpa de tener oportunidades. Tiene esa actriz en sufrimiento adentro, igualita que su padre. Debo reconocer que, pese a eso, es pujante, tiene polenta. De su propio aburrimiento ha sacado ideas y proyectos nuevos. Yo me la pasaba trabajando, y su padre también. Su hermano mayor siempre la adoró, pero la diferencia de edad hacía que pasara mucho tiempo sola, así que debía entretenerse.

Su pasión por los libros la heredó de mí. Hasta ahí veníamos bien, pero no sé en qué momento el mensaje se tergiversó y entendió que debía ir por la inteligencia y, necesariamente, prescindir de la belleza. Lisandro nunca me gustó. Siempre se creyó intelectualmente superior cuando, en realidad, apenas podía ostentar el don de ser memorioso. Nunca conversó con nosotros en un almuerzo de domingo al mediodía. Siempre mirando de reojo como si fuéramos poco merecedores de su atención, poco interesantes. Y para colmo de males, feo. Lo salvó ser alto porque, por lo demás, Dios no le prestó mucha atención. Así que, toda la historia en que devino el fallido matrimonio de Albertina no me sorprendió en lo más mínimo. Es más, sentí un alivio inmenso de que esa bomba se desactivara. Gracias a dios esa dupla no se reprodujo, hubiese sido una tragedia irreparable. Porque habría querido a ese niño y encima, seguro, iba a ser muy feo. En fin. Capaz tenía que pasarle esto para sacarse el lastre de encima y avanzar. Darse cuenta de que ella era merecedora de todo. No sé en qué fallé como madre para que ella sintiera que no merecía su historia de amor y su familia, con los hijos y el perro incluidos. Pero ella tiene muchos recursos y va a saber reinventarse. De eso se trata la vida, de cambiar el traje cuando el actual ya no funciona. De unir creativamente los silos estancos que nos componen. Albertina siempre funcionó a reacción, fallé en darle la confianza para creérsela más. En este momento no lo ve, pero la vida le hizo un favor inmenso al divorciarse sin hijos de Lisandro. Seguir con él era destinarse a ser siempre la segunda en escena de un primer actor muy poco reconocido y con demasiadas ínfulas. Le doy la derecha con la maternidad, porque no fue madre con él conscientemente. Eso decía algo, pero ella no lo quería ver. El tiempo le dará perspectiva y entendimiento de lo que realmente quiere para su vida. Debe hurgar en sus personajes y armar uno nuevo para esta etapa de la vida, donde debe curarse las heridas de la decepción y el dolor de perder a su padre. Debe encontrar el sentido, el propósito de estar en este mundo. Nada fue en vano. Aunque ella no lo crea, yo sé perfectamente que su caja de recursos está intacta. Espero que lo sepa pronto porque se pasa la vida en el intento y la perspectiva que te da el tiempo. Es que el más rotundo fracaso, en la imagen final de la vida, es sólo una página. La historia continúa. Si yo hubiese tenido esto claro, sin dudas hubiese sentido una calma que no pude alcanzar en los momentos difíciles. Ojalá algo de mi recorrido le llegue a Albertina, merece avanzar”.

DIECISEIS

UNA MAÑANA DE noviembre, de regreso en Buenos Aires una compañera de la maestría que había decidido avanzar en el doctorado, me envió un informe del Banco Mundial, con un grosero desfasaje en los números, lo discutimos un poco y quedó eso dando vueltas en mi cabeza. Yo iba ya para a la oficina, caminando por Avenida del Libertador hacia Retiro, y solía escuchar a Juan Ignacio, un periodista que alguna vez, incluso, había conocido mientras estudiaba en la facultad.

Esa mañana, él también habló del informe, pero no advirtió el error de los datos. Lo contacté por Twitter para advertirle que estaba dando un dato algo tergiversado. Así comenzamos un debate virtual super intenso, que devino en la directa invitación para tomar un café y que, por un tema de agendas, terminó con una cena. Nos conocimos en persona, en un pintoresco hotel boutique de un barrio *trendy* porteño, ya no había mucho más para agregar. Todo cerraba. Contra todo cliché, la conversación era perfecta; y la atracción, ineludible. Hablamos, coincidimos en las ganas de arrancar algo y al mes estábamos vacacionando juntos en una playa del Caribe Mexicano.

Así comenzamos una historia que nos llevaría a compartir libros, charlas, textos, horas de vuelo; y nos tendría abonados al teléfono, porque estábamos ambos en un período de la vida muy errante. Juan Ignacio tenía un trabajo como periodista internacional que lo obligaba a viajar seguido a eventos y a dar conferencias. Ambos estábamos cómodos en esa situación tan clara y tan indefinida al mismo tiempo. Una situación que no podía prolongarse en el tiempo, pero daba la comodidad de la no decisión. Ambos lo sabíamos. Pero la pasión era tan intensa que nos determinaba. En un momento trataba de alejarme, pero era más fuerte. La conexión era tal que, eventualmente, no llegábamos a salir del ascensor. Por momentos no había más que miradas para saber que el otro estaba desvistiéndolo en su imaginación.

Esa última noche, fuimos a cenar al restaurant japonés usual. Nos recibió el metre, que una vez más festejaba nuestra llegada. Hacía tiempo que no asistíamos y nos los recordó, invitándonos con una entrada que saboreamos felices. Conversamos de actualidad, política, trabajo, viajes próximos y, sin pretender que no habíamos dejado de intimar con otras personas el tiempo que estuvimos entre idas y venidas, Ignacio soltó un directo: “¡qué diferencia que es una buena conversación. ¡Qué diferencia es que, además de lo que te deseo, podamos hablar así!” Y, en ese momento, cegado por el deseo, prometió aquello que no podía cumplir, prometió la familia, la casa, la idea de envejecer juntos. Yo elegí creer, porque también me gustaba, no era posible “correrle el cuerpo” a ese volcán de sensaciones que me provocaba. Hubo tantas idas y venidas como vacas sueltas en Mumbai y, aunque la finitud de esa relación era tan obvia, creo que nos gustaba ignorarla. Ambos, desde distintas perspectivas, elegíamos quedarnos.

Pero no iba a ser un final feliz, claro. Un momento simple de duda definiría todo. Como cuando tirás la moneda y, antes de caer, ya sabés qué querés que salga. Un atraso menstrual fue la clave, la posibilidad de albergar una vida, un intento fallido de la naturaleza que expuso la

inconsistencia de la relación y dio paso a la decepción y a la claridad de quien estaba enfrente. Otra vez erraba feo, y me daba cuenta cuando estaba por mandarme la macana del año. Me recliné en el trabajo, y Juan Ignacio desapareció tan rápidamente como llegó a mi vida.

Dios, no paro de atraer boludos, pensé. Tengo que cambiar y crear la energía que quiero atraer. Suena muy *new age* pero, al parecer, la neurociencia le da la razón, y debo setear mis pensamientos y mis palabras hacia donde quiero ser y estar. Voy a empezar a escribir lo que deseo. Necesito entenderlo y creo que lo mejor va a ser escribirlo. Debería psicoanalizarme, son demasiadas cosas juntas y temo estar teniendo muchas conversaciones conmigo misma. Mi madre no es la más empática, aunque es honesta y directa y me ama. Pero necesito ayuda profesional.

DIECISIETE

“AH, BUENO. ¿No era que íbamos a dejar de omitir la belleza? Seguís buscando divos y feos en tu vida, Albertina. Mientras lo hagas, estás estancada en no apreciarte. Empezá por mirarte al espejo, por apreciarte vos, por ser vos la protagonista de la película. Estás siempre haciendo un rol secundario y te topás con narcisistas que te llevan por ahí como un florero. Ojalá saques e inventes con tus propios recursos la forma de verte de nuevo. Salí al mundo a buscar las respuestas que necesitás. O mirate el ombligo, pero ponete en primer plano, aceptá que no sos “la segunda”. ¿Vamos de viaje, querés salir un poco? Vamos a la playa, ¿qué te parece Brasil?”

Juana en su máxima expresión.

En una semana estábamos embarcando para Río. Unos cinco días para desenchufarnos, hotel frente a la playa, comida rica, masajes, y buenas charlas. Visitamos a la familia de Juana, porque ella siempre tiene algún pariente cerca, y nos relajamos frente a un mar divino que nos regaló una deseada calma concurrida. Me di una panzada de mariscos, y volvimos a Buenos Aires con un poco más de aire para una nueva maratón.

La rutina se alivianó con la buena compañía de los amigos. Esa misma tarde llamé a una psicóloga que me recomendó la mejor amiga de Lisandro, y testigo de mi gran fallido casamiento. Ella es bastante pragmática, terriblemente atea y buena gente. Su mayor defecto es ser amiga de Lisandro y soportar su arrogancia y mala predisposición hacia todo lo que ella representa, porque Lisandro siempre odió profundamente su alcurnia. Aunque ahora podría decir que no la odiaba, sino que creo que siempre envidió esa capacidad que le daba su pertenencia de clase de hacer lo que quisiera. Cuando caía en la cuenta de eso, sacaba a pavonear su inteligencia memoriosa.

Volviendo al punto, la llamé a Ana, mi flamante psicóloga, y ella ya sabía de mí. Así fue como me encontré sentada frente a una señora rubia, muy amable, de unos 50 años, que me miraba con calma y me transmitía paz. Pero yo no podía con eso y rompí el hielo contándole mi miedo a esa situación, a ponerme como objeto de análisis en un lugar tan de película, tan obvio y cliché. Todo el hecho me daba risa y no sabía bien cómo llevarla adelante, sin caer en el prejuicio de avergonzarme y salir corriendo a la primera diferencia en los puntos de vista.

Pero Ana fue muy racional en todos los cuestionamientos y repreguntas. Arrancó con la honestidad más brutal, *“la verdad es que lo que te pasó es una porquería que uno se lo desearía a alguien malo, si se lo pusiera a pensar. Lo cierto es que no tengo esa maldad, pero sí tengo la paciencia y las herramientas para ayudarte a transitar este momento y encontrar juntas la forma de seguir adelante, entendiendo cómo capitalizar de la mejor manera lo que no podemos cambiar”*. Ok, pensé. Suena una persona lógica, no hay pipa, aunque existe diván.

Así, empezamos un camino donde sus preguntas racionales y esquemáticas me ordenaron un poco los jugadores en la cancha. Con Ana comprendí que a través de mi vida fui

construyendo mis propios recursos, armando mi cosmovisión entre mis diferentes personajes. Saliendo y construyendo situaciones con cada uno de aquellos que me brotaron en diferentes momentos. La meticulosa y pragmática me llevó a terminar la facultad antes de tiempo. La cariñosa, a construir las relaciones más hermosas y profundas. La “caracúlica” y miedosa, que inventa excusas, que le duele la panza o pone distancia con un gesto impenetrable. La inteligente, la derrotista, la sexy.

¡Uf! Pude descubrir que soy muchas mujeres en una. Así que empecé a darme cuenta qué personas sacaban mis mejores personajes. Y que, definitivamente, debería guardarme la “*Susanita*”, la que quería el flaco comprensivo, la casa, el perro y el baby, para esperar colgada cual percha en el closet porque, evidentemente, no soy material para ese tipo de personaje por el momento. A veces la vida te dice cuándo. No pienso tampoco decretar nada en mi contra, porque ya la vida se ha empeñado en sabotearme soberanamente cada plan.

Yo soy la mujer que quiere tener una familia, pero una familia que quiera moverse en tándem, en conjunto. Un clan, una manada, que pueda moverse a lugares distintos sin problemas, que se adapte, que sea flexible. Porque la vida es compleja, y hay que ser flexible. Ahí aparece otra vez la dicotomía con lo tradicional, con lo que no se mueve, con lo que ya aparece como dado.

DIECIOCHO

“¿HOLA, ALBERTINA? SOY Lautaro, me pasaron tu número para revisar unos proyectos, y quería saber si podemos vernos”. Y, así, arrancó una conversación y una hermosa relación de un año y medio con uno de los hombres más sexis que conocí en mi vida. Canchero, con un cuerpo tonificado y esbelto, de esos que se notan musculosos sin ser grotescos. Surfer. Y con ese trajecito de goma, no quedaban dudas de que la apuesta era certera y que era exactamente sexy y sexual en partes iguales. Lo cuento y se me erizan los pelos.

Lautaro apareció como una buena ola. Recién distanciado de su mujer, viviendo solo, con cuatro hijos y un perro. Comenzamos a hablar, y la conversación fluía por diversidad de temas hasta que se hizo necesario compartir tiempo y espacio juntos. Comenzamos a correr juntos, a tomar café, a pasear por las anchas avenidas de Buenos Aires en las noches del verano porteño que dan respiro con una brisa. Empezamos a planear proyectos juntos, aunque su situación con su exmujer no estaba aún clara. A pesar de sus propios esfuerzos por ser distinto, él no podía salirse de su propia forma de ser, inculcada con una fuerte y tradicional educación religiosa de colegio privado porteño, donde el matrimonio de años era valorado.

Toda su historia de vida y sus acciones me parecían comprensibles. Él no era el mismo que a sus 19 años cuando se casó y valoraba el camino recorrido, pero no dejaba de tener curiosidad por lo que se había perdido. Yo era una de esas cosas que imaginaba que podría haberse cruzado en el camino, de no tomar la empresa de su padre, de no asumir responsabilidades con 23 años, de no casarse con su novia de los 19 años. Así que, en parte, yo sabía en la que me metía. Lo que no esperaba era engancharme; y él, tampoco.

Para describirlo, podría pensar en un perfume. Lautaro era envolvente y se te quedaba pegado todo el día, en la mente, en cada cosa que hacías, con una frase con voz sexy o con un roce. Tenía una forma de abrazar increíble, para quedarse ahí todo el día porque se siente seguro. Lautaro llegó a mi vida y sonó el timbre del recreo. Un lindo recreo, de esos que querés estirar para no tomar decisiones nuevamente, porque ya aprendiste que cada decisión repercute en algún lado.

Ambos sabíamos que él iba a volver con su mujer y familia; y que yo iba a seguir esperando y buscando a mi compañero de ruta para armar mi propia familia. Así que me dediqué a disfrutar las charlas, las citas que me daban la excusa de tirarme todo encima, ponerme linda, y tener mi príncipe por una noche. Llegaba con su auto perfecto, perfumado, vestido a la moda y me llevaba siempre a restaurantes elegantes. Por unas horas, todo era de cuento. Luego caía en la realidad de que era perfecto porque carecía de cotidianeidad, de prisas de la vida real, pero, mientras, yo veía para dónde salir, me servía para no pensar y pasarla bien. En otro contexto, creo que hubiese perpetuado un poco la situación porque era intensa e interesante. Sexo bonito, linda pareja, lindas experiencias.

Pero buscábamos diferentes cosas de la vida. Él ya había sido papá varias veces, quería su familia perfecta, aunque renegaba de su joven matrimonio. Y yo quería encontrar un compañero de aventuras. Alguien con el cual disentir, pero tener la certeza de que no me iba a dejar hablando sola al primer desacuerdo. Yo quería encontrar el amor real, el que te ve a la mañana y te sonríe. El que se pone triste con los desaires de la vida, el que quiere hacer planes inmensos y chiquititos con vos. Al final, soy una romántica. Y, si de yapa es alto y lindo, será que el de arriba me escuchó todas las veces que se lo pedí.

DIECINUEVE

¿CUÁNDO FUE LA última vez que hiciste algo por primera vez, Albert?, me dijo asertiva Sofía. No sé, mami, creo que cuando terminé el máster. ¿Pero no quisiste siempre tocar un instrumento?, ahora tenés tiempo. ¿Qué instrumento te gustaría tocar?

Me dejó pensando, y caí en la cuenta de que siempre amé el violín. Por la danza, siempre me dio calma. Al mes estaba comprando uno en Nueva York, en la cuadra de las casas de música, cerca de la Quinta Avenida. Me detuve un rato largo a mirar cómo armaban instrumentos y me decidí por uno viejito y usado que iba a ser ideal para esta revancha de autodescubrimiento y entretenimiento.

Cómo nos olvidamos de empezar de nuevo cuando nos apuramos a tachar todo en la lista. Creo que me casé con Lisandro porque ya cumplía los 30 y sentía que se abría un abismo. Podría haberme ido tranquilamente sin casarme, pero también es cierto que lo dejaba a él sin mi nacionalidad europea. Como me dijo Mamá Sofía alguna vez, no tengo que pensar tanto lo que ya no puedo cambiar. Ya está. La cagaste, Albertina.

“Podemos seguir aprendiendo, no tiene que ser ahora que ya esté todo listo, todo pensado, todo armado. Tenemos oportunidad de fallar y seguir adelante. Esto puedo transformarlo en una estrategia de crecimiento. En esto tu padre y yo estaríamos de acuerdo, es hora de que saques otro personaje. Que te reinventes de una vez y dejes de reptar repensando tus malos pasos. Dejá de estar anestesiada sin tomar decisiones y salir con personas que no te suman, sino que te mantienen en ese estado. No tomar una decisión, es una decisión. Tenés que avanzar, no marchitarte. Tu abuelo llegó de Italia, bajó del barco con poca plata y pocos años; una muy mala combinación. Sería bueno que encuentres tu combinación”.

Sofía es terriblemente ácida pero asertiva. Tiene razón, la felicidad depende de mí. En algún momento me olvidé de exponerme conscientemente al azar. No padecer al azar. Ahora voy a investigar veinte mil actividades que me den paz y armonía. Masajes, reiki, reflexología. Tengo trabajo y tiempo, ahora me voy a echar unos pesos encima mientras voy viendo qué me trae la vida.

Y voy a reflotar la teoría de Kate, mi amiga inglesa que me dio su pragmática visión sobre los usos de las apps de citas, con buenos perfiles porque no creo que mi futuro co-equiper habite los mismos lugares, aunque me parece que anda cerca. Como sea, debo ayudar al destino. Ya aprendí. Algo creo que aprendí. No voy a esperar que venga a mí mi sueño, voy a construirlo, propiciar espacios para que aparezca. Tampoco va a ser el pibe del *delivery*. Debo encontrar un punto de equilibrio, entre no parecer desesperada (anotándome en cuanta app de citas exista) y no encerrarme en rutinas solitarias donde sólo comparto con amigas y realizo actividades sin socializar. Queda planteado el desafío. Veremos qué sale.

VEINTE

“*TINITA*”, ASÍ ME llamaron siempre mis amigas de la facultad, “*hoy sale aquelarre con tirada de runas incluida vía zoom con México y USA. Viste que Clementina te hace la cirugía láser de la retina y te tira las runas en la misma consulta, jajaja*”. Así, mi amiga Carla me convocaba a uno de los mayores recursos de sanación que yo tenía. En parte, literalmente, porque creo que las terapias alternativas algo bueno tienen, a pesar de su mala prensa como poco serias. Y, por otro lado, porque mis amigas tenían una forma de poner los sentimientos en palabras que siempre me sanaba.

Siempre pensé que debería ponerle un nombre especial a la alegría de saber que me estaba por reunir con gente querida, es un hermoso sentimiento. Como cuando llegaba a casa en un receso de la universidad. O, como en este caso con mis amigas, reunirme en un lindo aquelarre con ellas. Algunas culturas tienen palabras especiales que crean para definir sensaciones únicas y mundanas, (como los noruegos crearon *Peiskos*), describir los sentimientos que te invaden cuando te sentás frente a una chimenea y disfrutás contemplando la sensación de su calor y del crepitar de las llamas. De la misma forma, debería existir una palabra que describa la felicidad que te invade cuando estas por encontrarte con personas queridas, que te hacen feliz, que sacan tus mejores personajes. No sé cómo lo llamaría. Tal vez, *Felicitamore*. Lo dejaré macerar.

Mis amigas de la facultad terminaron evolucionando en un grupo muy ecléctico que representa, en realidad, mis años de universidad. No éramos compañeras, de hecho, no todas compartimos carrera. Somos tres las únicas ingenieras y no cursamos la misma ingeniería. Yo estudié Ingeniería Industrial; Mara, Ingeniería Mecánica y Vilma, Ingeniería Electrónica.

El resto estudió cosas distintas, pero, de alguna forma nos agrupamos. Sol estudió Derecho y es una reconocida abogada de Derecho internacional humanitario. Es nuestra Ammal Clooney, pero se casó con Luciano (que no es parecido en nada a George), es lindo, buena gente y, de yapa, es Chef. Carla es socióloga y elabora programas para la reinserción social de personas con traumas o discapacidades físicas y psíquicas. Fabi es también abogada penal y tiene siempre las historias sacadas de una película de acción y suspenso para compartir. Todo para ella es político, de alguna forma. Y Clementina que es oftalmóloga, pero te tira las runas.

Inicialmente, nos encontramos en tiempos de facultad para trabajar por los derechos humanos en una ONG internacional, y así se armó un grupo muy diverso en muchos sentidos. Un grupo que siempre está ahí para caerse en paracaídas o para sentarse a maldecir la vida y sus caprichos irracionales. En ambos casos, terminamos siempre riéndonos y descubriendo un lado luminoso. Esa tarde noche arrancamos con unos ejercicios de Tai Chi, pasamos por las runas y el tarot y terminamos cantando karaoke con algunas bebidas espirituosas, porque una cosa bastante útil que hice alguna vez fue un curso de barman. Y es el único momento donde pongo mis conocimientos en acción. Es inmenso el placer que me da servir un trago rico a una amiga y

reírnos compartiendo la ocasión. Necesitaba compartir, necesitaba ver a quienes me miran con cariño desde el banco de al lado, a pesar de mis últimas erradas épicas en la vida.

En algún momento tenía que venir el sermón grupal, para apuntalar mi sentir individual y recriminarme que tengo que mirarme al espejo y bancarme un poco más. Así parece que mi pequeña Vía Láctea me dice lo mismo, tengo que darme crédito, repensar por qué me relego. *“Además, Albert, estás por conocer a tu amor, el que te viene con la casa, el perro y la piba. Es como vos, de muchos lugares. Lo dicen las cartas, amiga”.*

Me reí, pero sonreí de pensarlo cerca, y me di cuenta de que yo quería eso. Sin dudas lo deseaba. Poner en palabras lo que se desea, sana. Sana porque no es una felicidad efímera, del momento. Es una felicidad de saber que podés equivocarte, pero te das cuenta de que realmente deseás algo. Saber eso te libera de un peso muerto que es no tener rumbo, no saber qué esperar.

“Albert, vos sabes que todas pensábamos que Lisandro era un boludo, pero vos estabas obnubilada con su inteligencia. A veces proyectamos demasiado una idea en el otro, y la verdad es que el otro no es esa idea. A veces creemos que el otro tiene los mismos objetivos e ideas de la vida, pero no siempre es así. Y lo digo con el conocimiento de causa de llevar adelante una relación por más de 15 años y darme cuenta que no íbamos a ningún lado. Vos con Lisandro estabas igual que yo con Carlos. Sólo que vos tuviste la suerte de que Licu era un cagador serial y lo hizo antes de que estuvieras más comprometida, con un pibe, una hipoteca, algo más, ¿entendés? Creo que tenés que estar contenta de poder barajar de nuevo. La vida es para vivirla y para cagarla también. Y vos ahora, incluso con 35, poder cagarla bien en grande porque sos joven aún, todavía podés tener hijos, enamorarte como dios manda. Leí por ahí. Jajajaja”.

Esa última frase nos dio risa porque siempre fue una atea radical. *“No nacemos sabiendo nada. Es más, creo que somos todos un pato criollo, pero en buena hora, mientras no le arruinemos la vida a nadie”.* Sol se despachó así para arrancar la conversación. Y continuó Fabi:

“Tinita, vos sos muy pujante para el afuera y muy dura y exigente con vos, pero para elegir pareja sos bastante flexible. La verdad es que algo nos falla en el feminismo este que intentamos ejercer. A todas. Encontrar hombres que sean pares, que no compitan, que quieran y banquen el tirar juntos para cumplir los sueños de ambos es una empresa compleja, porque todos estamos aprendiendo a cambiar patrones viejos. Ellos son hijos de madres que también estaban aprendiendo y, dependiendo de dónde vengán, de cuán armada su estructura familiar, será el resultado de su comprensión de esta realidad. Si a nosotras, que todas hemos estudiado, que nos desempeñamos en espacios con cierto reconocimiento, que tenemos independencia económica, que la vida y la naturaleza nos dotaron con una estética dentro de la homogeneidad pretendida socialmente, que tenemos familias que -con sus peculiaridades- se fundan en el amor sincero, si a nosotras se nos complica. ¡No quiero saber lo complejo que puede ser para otras chicas que arrancan de cero!”

Cuánta razón tiene Fabi. No hay que mirar lo peor que se puede estar, pero en un análisis de la situación actual, no me encontraba tan mal parada. O, al menos, con muchas posibilidades de mejorar rápidamente mi nivel de felicidad.

A veces tenés que redescubrirte, pensarte un poco sin la exigencia de los roles autoimpuestos. Me cuesta eso. Dejar los roles que pensé que formaban mi persona, y ahora entiendo que no son yo. Son sólo etiquetas que pueden cambiar. Tengo que ser menos pensante y más actuante. Me cuesta mucho. Pero hasta Sofía me dice que me mueva, que siga adelante. Y si no sirven los trajes que usé antes, y bueno, seré otra y usaré otros trajes.

Carla, que cuando hablaba, uf, se detenía el mundo, arrancó diciendo: “Mirá, Tinita, vas a dejarte de joder. Dejá ese trabajo que no te ve, te usa y no te reconoce nada porque el nivel de misoginia que me contás siempre es inagotable. Te dejaste echar de tu vida amorosa porque no quisiste ver, vas camino a hacer lo mismo con la vida laboral. Date espacios de reconocimiento, dejá de pedir que te vean quienes no te ven. Te piden menospreciar a las mujeres de tu equipo, ¿te crees que no hacen lo mismo con vos? Vivís las demandas y responsabilidades de una gerencia con 6 personas a cargo, pero no te lo pagan. Salí de ahí, maravilla. Salí de ahí”.

VEINTIUNO

DECIDIDA A NO deprimirme, un fin de semana sin plan, lista para clavarme una serie entera de Netflix, me puse a “sincerar” mi perfil de Tinder. Asumí que no voy a encontrármelo en el gimnasio (el boludo que miro en el gimnasio no me registra, y tampoco me parece tan lindo), sino que me doy cuenta de que estoy sumamente aburrida, agotada de empezar de nuevo. Necesito partir de una base mínima, así que me sirve lo de los parámetros que me dijo mi amiga Kate en ese bar de Ángel Station, la base mínima la puedo tener. Pondré un primer filtro y, si el tipo me miente, creo que me voy a dar cuenta. Mínimo, que haya estudiado algo, y luego iré viendo los valores que me muestra en la charla y en las salidas. Voy a hacer la de siempre (ir a medias con el dinero), pero si no se despacha con algún detalle, no hay segunda salida. Debo tener pautas de base. Ya no voy a bancar pavadas que no me cierran, porque firmé un papel y después a remar como una desesperada.

Muy bien, como pauta debo saber lo que no voy a aguantar. El nivel de estupideces que soporté en Licu, no lo voy a tener. Aunque lo hice de nuevo con Juan Ignacio, lo pienso y digo qué boluda que fui. Pero esta vez voy a aprender. Bueno, actualizo mi perfil de Tinder, de Bumblee y, al menos, me mantengo ocupada y no pienso. Tampoco es soplar y hacer botellas, necesito pegar onda con alguien y eso no es fácil. El amor y el laburo son temas que tengo que reparar en mi vida, temas que no están bien.

Al laburo lo tengo que dejar de la mejor manera, irme bien antes de que explote, porque es obvio que un lugar donde el maltrato se hace común no va a ofrecer estabilidad de largo plazo. Tengo muchos frentes abiertos y en medio debo planificar mi vida. ¡Lo más importante, Albertina, es tu vida! Del laburo te pueden echar, de tu vida también, pero si te echan no era claramente una buena elección de vida, eso ya lo aprendimos.

El fracaso a primera vista, puede ser una bendición en la segunda mirada. Como sea. Hay que moverse. Conocer gente, ocupar el tiempo y, si la parca me viene a buscar, al menos lo estaba intentando. Estaba intentando ir por el amor, la casa, el perro y el pibe. Yo tuve responsabilidad con mi primer fracaso amoroso. Yo no quise ver. Esta vez pongamos claro los límites que voy a tolerar, siempre manteniendo mi cuestionamiento interno para no pasarme de la raya y ser una loca egoísta.

VEINTIDOS

LA FRAGILIDAD PUEDE ser un superpoder, si lo pienso mejor. En realidad, aprendí mucho en estos años en los que la cagué en grande, como una reina. La fragilidad me hizo repensar los discursos que tenía aprendidos, me hizo ver más claramente lo que interesa de la vida, lo que me define, lo que me quita el sueño y me sensibiliza. Tal vez, todo el rulo de mi vida en los últimos años fue para que revisara mi fragilidad y dejara de ocultarla. Porque creer que podés avanzar en ámbitos dominados por hombres haciendo lo que te gusta, lo que estudiaste, no tiene que ser con una forma más asertiva, más dura, más varonil. Puede ser más emocional, como lo somos la mayoría de las mujeres, y descubrir entonces la sororidad.

Falta un largo camino de introspección en nosotras, como género, y de autocritica en la sociedad que pretende ser más tolerante, pero prefiere respetar ciertas estructuras. Aun así, me quedo pensando si dinamitar o no toda mi estructura de etiquetas que debía alcanzar, llámese: estudiar, recibirme, tener un trabajo, enamorarme, casarme, tener hijos. En ese orden en particular. No me hizo mejor persona. Aunque no haya sido yo quien originó el incendio, el proceso interno que desató me hizo al menos más genuina. Al punto de saber lo que no quiero, que me parece un montón. Antes no sabía nada, ahora sé lo que no quiero.

Mi última cita de Tinder me hizo dar cuenta de que hay estándares que son innegociables. Compartir tiempo, gustos simples como comer bien y tomar helado. Y no resignar sueños. Lamentablemente, el último tenía deudas, un hijo que mantener y poco tiempo disponible con ese mismo escenario. Así que me bajé rápido de ese transporte. Ya aprendí algo de todos mis fracasos. A fin de cuentas, fueron aprendizajes.

Con Juan fue distinto, veníamos charlando muchísimo por Tinder, el perfil dice que odia las charlas eternas, por lo que pasamos luego de unos días a WhatsApp. Es domingo, estoy aburrida y con ganas de salir, me arriesgo y lo invito a un helado. Un helado, un domingo de otoño por la tarde en Buenos Aires es un gran plan. Veremos qué pasa. Qué dice, cómo es, qué me pasa al verlo. No pierdo nada. En dos horas viene e iremos a pasear por Recoleta. Hay varias heladerías y, si no le gusta el helado, ya baja puntos; y si no suma otras cosas, ya me bajo de este tren también.

Yo vivo en un piso 8, y en la portería del edificio trabajan las mismas personas hace muchísimos años, que me conocen a mí y a mi familia y me aprecian mucho. Así que salgo sigilosa, y le pregunto a mi portero si hay alguien en la esquina, él puede ver mejor desde la garita con vidrios oscuros. Me dice que sí. Que hace rato está ahí parado y ya se estaba poniendo nervioso por ello. Le cuento que tengo una cita, y es él. Se pone contento por mí y me dice que me cuide y que avise cualquier cosa por celular. Y que el chico de la esquina se ve apuesto.

Salgo con una sonrisa y cuando lo veo me quedo un poco sorprendida porque, realmente, es atractivo, no mintió en las fotos. En ese instante pensé: “ahora tiene voz de pito cuando habla, y me muero. Algo malo debe tener”, ya arrancaba boicoteándome. Pero no. Pasamos del helado al

cine y nos largamos a llorar con una película de Disney. Quedé feliz. Me acompañó a casa, y recorrimos todos los temas posibles en la caminata. Amé que ya me invitó a cenar, cocina él.

Llego a casa y llamo a Sofía. ¡El flaco de Tinder tiene potencial, mami!, le grito. Suena mi WhatsApp con un mensaje de Juan. No hay pulseada por quién aparece primero, fluye la conversación. Siento buena energía. Será que las brujas tenían razón, y sonrío.

REFERENCIAS

Página 3: Región Patagónica en Argentina: la Patagonia es una región geográfica, histórica y cultural ubicada en el extremo sur del Cono Sur de América. Políticamente comprende territorios de los extremos sur de Argentina (Patagonia argentina) y de Chile (Patagonia chilena).

<https://www.argentina.travel/en/region/patagonia>

Página 6: Mercado de Spitalfields

<https://www.spitalfields.co.uk/>

Página 7: Ally McBeal es una serie de televisión estadounidense de drama y comedia legal, emitida originalmente por Fox desde el 8 de septiembre de 1997 hasta el 20 de mayo de 2002.

https://en.wikipedia.org/wiki/Ally_McBeal

Página 20: El barrio de Recoleta:

[https://es.wikipedia.org/wiki/Recoleta_\(Buenos_Aires\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Recoleta_(Buenos_Aires))

Página 20: “El amor líquido”; Zygmunt Bauman. El término amor líquido alude a un concepto creado por el sociólogo polaco Zygmunt Bauman, desarrollado en su obra homónima para describir el tipo de relaciones interpersonales que se desarrollan en la posmodernidad.

https://es.wikipedia.org/wiki/Amor_l%C3%ADquido

Página 29: Volver al casillero uno en el juego de la vida:

https://es.wikipedia.org/wiki/Juego_de_la_vida

Página 31: Teatro la Scala de Milán

<https://www.teatroallascala.org/en/index.html>

Página 35: La Universidad donde estudió Albertina: London School of Economics

<https://www.lse.ac.uk/>

Página 52: <https://hackney.gov.uk/london-fields> y Mercado Broadway de Hackney

<https://broadwaymarket.co.uk/>

Página 54: Donde estudió Kate: Universidad Imperial College London:

<https://www.imperial.ac.uk/>

Página 58: Barrio de Emiliano en Nueva York: Pequeña Italia

<https://www.nuevayork.net/little-italy>

Página 81: Los personajes que habitan nuestra autoestima. Guía práctica para sanarla (Spanish Edition)

<https://www.amazon.com/personajes-habitan-nuestra-autoestima-pr%C3%A1ctica-ebook/dp/B0BX4RVD8L>